



Los sueños de aserrín III

JOSÉ ANTONIO ROSIQUE CAÑAS



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

D.R. © 2021: Universidad Autónoma Metropolitana

UAM-Xochimilco

Calzada del Hueso 1100

Colonia Villa Quietud

Alcaldía Coyoacán

Ciudad de México, C.P. 04960

<<http://dcsh.xoc.uam.mx/repdig/>>

<<http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx/>>

Primera edición: diciembre de 2021.

Imagen de la portada: José Antonio Rosique Cañas

Las fotografías e imágenes que ilustran este volumen se utilizan con fines didácticos y sin ningún tipo de lucro.

Corrección y cuidado de la edición: Martha Elena Lucero

Diseño de portada e interiores: Sandra Mejía De la Hoz

ISBN 978-607-28-2353-2 (publicación electrónica)

ISBN 978-607-28-2352-5 (publicación impresa)

Esta publicación de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, fue dictaminada por pares académicos externos especialistas en el tema.

Agradecemos a la Rectoría de la Unidad el apoyo otorgado para la presente edición.

Hecho e impreso en México.

Los sueños de aserrín III

JOSÉ ANTONIO ROSIQUE CAÑAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, José Antonio de los Reyes Heredia

Secretaria general, Norma Rondero López

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, UNIDAD XOCHIMILCO

Rector de la Unidad, Francisco Javier Soria López

Secretario de la Unidad, Mario Alejandro Carrillo Luvianos

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Directora, Dolly Espínola Frausto

Secretaria académica, Silvia Pomar Fernández

Jefa del Departamento de Relaciones Sociales, Carolina Terán Castillo

Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL

Jerónimo Luis Repoll (presidente)

Aleida Azamar Alonso / Gabriela Dutrénit Bielous

Álvaro Fernando López Lara

Asesor del Consejo Editorial: Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL

Graciela Irma Bensusán Areus (Presidente)

Sonia Comboni Salinas / Jaime Osorio Urbina

José Antonio Rosique Cañas / Leonel Pérez Expósito

Asistente editorial: Varinia Cortés Rodríguez

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco

Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud,

Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México. C.P. 04960

Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales y Humanidades.

Edificio A, 3er piso. Teléfono 54 83 70 60

pubesh@gmail.com / pubesh@correo.xoc.uam.mx

<http://dcsh.xoc.uam.mx/repdig>

<http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx/index.php/libroelectronico>

<http://dcshpublicaciones.xoc.uam.mx>

Índice

Preámbulo	7
CAPÍTULO I Colonia Observatorio: el Macondo de Tacubaya	17
CAPÍTULO II El Alpiste y Jorge, el primo universitario revoltoso	29
CAPÍTULO III El Milla y los comedores populares del Mesías	39
CAPÍTULO IV El velorio del tío Federico	51
CAPÍTULO V La sombra del Mesías	67
CAPÍTULO VI El Alpiste y la Comuna Benito Juárez	73
CAPÍTULO VII Gimmy, el Pequeño Saltamontes	89
CAPÍTULO VIII El Alpiste en busca de su amigo Luis	99
CAPÍTULO IX El regreso del Alpiste al Real Club España	107
CAPÍTULO X Días eternos y el destino del Alpiste	117
Bibliografía	127

Preámbulo

Andares de tinta taciturna sobre sendas, bajeles y durmientes que surcan el papel, andares de bitácora nocturna donde dulce la vida resplandece y vuela la memoria cerca de él. Bitácora que agrega aromas dibujados por la mano del plácido y sereno caminante. Bate la bitácora una huella, bate entre la abierta celosía de la vida, y por ser ella, la vida, esencialmente es poesía.

Nicolás Yerovi (2008).

LA PARTE I DE ESTA NOVELA INICIÓ con la historia de un niño de cuatro años que empieza a tomar conciencia de su pequeña vivienda, ubicada en la parte alta de la casa de sus abuelos; allí convivía con sus padres y hermanos, pero también con tíos, tías, trabajadores de la sastrería de su padre y los clientes que iban diariamente a recoger sus trajes y uniformes. Ése era su mundo: el patio delantero que veía muy grande, las escaleras, los lavaderos del patio trasero y las otras viviendas donde vivían las hermanas del abuelo con sus hijos y nietos, con quienes jugó interminables días, pues los llevaban a diario para que el anciano saludara a sus nietos.

En la parte II de la novela, se cuenta cómo ese niño crece hasta llegar a la adolescencia y se cambia a una casita nueva que ha construido su padre una cuadra más arriba, en una

cerrada donde conoce a varios muchachos. Por las tardes, éstos se reúnen para jugar partiditos de soccer o futbol americano, enamoran a las chicas de la calle y las invitan a la matiné del cine Ermita. Todo eso es nuevo para el Alpiste, quien siente que su vida ha dado un giro de 180 grados, porque su papá sí le da permiso de juntarse con los demás del callejón.

Cada capítulo cuenta historias diferentes, en las que el Alpiste está presente o se hace referencia a él. La historia gira en torno al arraigo y la pertenencia que ese callejón genera entre los muchachos, ya que lo sienten como algo propio, como su terruño y, por lo tanto, lo defienden de otras pandillas.

La historia incluye recuerdos de cuando su papá y un compadre lo llevan a la Plaza México para ver los toros. Ese día conoce a un niño aficionado a la tauromaquia, quien lo invita a su fiesta de cumpleaños. Después de divertirse en una casona de la colonia Roma, el abuelo del niño lo invita al Real Club España para bañarse al “vapor de baja”, donde hace amistad con otros chicos de origen español; con ellos se relaciona hasta nuestros días.

Esa parte II de la novela termina en tiempos recientes. El Alpiste, ya adulto mayor, está en una cantina de la colonia Escandón con su amigo el Beso. Juntos rememoraron aquellos tiempos de cuando se conocieron en un cuarto de la vecindad que habían convertido desde 1957 en una especie de club alpino, debido a que algunas familias de la colonia perdieron a varios seres queridos en un trágico accidente, cuando el camión en el que se fueron de excursión al Nevado de Toluca se volcó y cayó hasta el fondo de un precipicio.

Debo reconocer que cuando escribí *Los sueños de aserrín 1*, pensé que el Alpiste sería mi *alter ego*; pero pronto decidí apartarme de él, para no perder el sentido literario que quería dar al relato y para que dejara de ser una autobiografía que resultara aburrida. En ese sentido, puse atención a lo que alguna vez dijo Octavio Paz durante una entrevista allá por 1996. Comentó que los surrealistas de los años veinte hicieron una encuesta entre los escritores franceses con una sola pregunta: “¿Para qué escribe?” El conocido escritor Paul Válerly contestó: “escribo por debilidad”. Al respecto, Paz dijo que, si a él le hicieran ahora la misma pregunta, él contestaría: “para conocerme”.

A mí me parecen interesantes ambas respuestas, pues creo que al escribir podemos conocernos mejor, porque al inventar personajes comunes y corrientes que tienen sus propios éxitos y fracasos como cualquiera de nosotros, entonces también vamos mostrando nuestras fortalezas y debilidades, y aunque como escritores tratamos de tomar distancia sobre las emociones y los pensamientos de los personajes, terminamos por entrar: “Un poco en nosotros mismos, descubrimos que nos desconocemos y conocerse es conocer al desconocido que somos” (Paz, 1996).

La verdad es que, mientras escribía las historias que supuestamente me ha contado el Alpiste, he conocido aspectos de mí mismo que ni idea tenía de su existencia. Cuando en 2017 empecé a escribir la parte I de la novela, tuve que hacer esfuerzos muy diferentes a los que había realizado desde mi oficio de sociólogo, pues para comprender por qué se me convirtió en obsesión impedir que el Alpiste se fuera de su colonia

requería construir el contexto social donde nació y creció, y ya desde la ficción, exaltar las emociones que producen las aventuras de sus personajes. Pero, además, era necesario exponer esos relatos de manera interesante, con belleza y rigor literario, como se lee en las grandes obras de la literatura, pues antes que nada es un arte, no una ciencia social que se rige bajo formatos y metodologías muy diferentes.

Esa preocupación tiene que ver también con el hecho de que viví de cerca parte esas aventuras que nos narra el Alpiste. Por eso, como personaje ficticio, he decidido que viva todos estos años en su misma colonia, para que nos siga contando cómo fue su vida en la casa de su abuelo y en ese callejón, donde permanecen los mejores recuerdos de sus años de infancia y juventud. Por eso les doy la razón tanto a Válerly como a Paz, pues al escribir estas historias y las emociones que le produjeron al personaje, me están permitiendo conocerme mejor.

Los sueños de aserrín III rescata las últimas historias del Alpiste. Parto de aquel ficticio encuentro que tuve con él hace cuatro años, cuando bajé en mi auto sobre la avenida Observatorio y de reojo lo vi parado en la esquina de la cerrada. Me detuve unos metros más adelante, al notar que me reconoció porque agitó emocionado su mano para saludarme. El hecho inesperado de ponerme un buen rato a platicar con él me hizo pensar después qué podía hacer con todo ese material y entonces decidí escribir una novela que termina con esta parte III.

Si analizamos su vida, podemos ver que el Alpiste se aferró con mucha fuerza al callejón, como si un llamado del pasado

lo hubiera atrapado, tal y como les sucedió a nuestros padres cuando llegaron de provincia para vivir en la capital, que siempre deseaban regresar a su tierra para ver qué había pasado con sus amigos, con la gente de su pueblo, con las marchantas del mercado en donde compraban su pan o con el riachuelo en el que aprendieron a nadar y echarse clavados desde los árboles. Sin embargo, para los que nacieron en Tacubaya, antiguo pueblo que fue forjado con los típicos edificios de la época colonial y del Porfiriato, ése es su barrio, su terruño; por eso sus calles, las vías del tren, sus avenidas, su mercado y sus escuelas son el lugar que les ha generado fuerte arraigo y pertenencia.

Obviamente, al Alpiste le sucede algo parecido y eso le impide irse de la colonia, porque es el sitio que guarda los recuerdos más entrañables de su vida. Por eso, en las noches, mientras platica con la almohada, esas remembranzas martillan su memoria con tal fuerza que lo hacen aferrarse al lugar, posiblemente porque así expía faltas y errores cometidos en el tiempo, o simplemente porque se resiste a dejar atrás lugares fundacionales para él y buena parte de su familia. En las casas que construyó el abuelo Juan todavía viven algunas de sus tías, primos y nietos, con quienes él convive con tan sólo cruzar la avenida y bajar una cuadrita para llegar a Calderón.

Seguramente también se resiste a olvidar aquella fraternidad que hubo entre quienes crecieron a su lado por los años cuarenta y sesenta, al amparo de las calles del barrio y su pequeño callejón de General Plata, sin pavimento ni banquetas, estrechado por la disposición de las viejas casas de adobe construidas por don Carlos Estañol a finales del siglo XIX y

por el edificio de la esquina, con unos cuantos departamentos y locales. Esa cerrada terminaba al fondo con un alto muro de piedra, que la separaba del molino de Santo Domingo. A ese lugar teníamos acceso por la siguiente cerrada, para transportarnos a tiempos de la Colonia entre casas majestuosas, callejitas empedradas y enormes árboles, donde trabajaban algunas muchachas de la vecindad que eran nuestras amigas.



El edificio municipal de Tacubaya a principios del siglo XX.

Cuando me reencontré con el Alpiste aquella tarde, inconscientemente, al platicar conmigo sintió que era la oportunidad que estaba esperando para reconstruir el rompecabezas de su vida. Entonces, sus invocaciones al pasado lejano encontraron sentido para él, pues le permitieron comprender

por qué nunca quiso irse de allí como sí lo hicimos la mayoría de sus cuates. Siente que no debe alejarse de ese lugar porque, si lo hace, su vida perdería sentido.



Avenida Parque Lira en los años veinte del siglo pasado.

Ahora de grande, valora mucho más que su abuelo fuera uno de los primeros en llegar hacia 1925, junto con otros jóvenes, para construir sus casas. Este hecho, convertido en un acto fundacional, es para él como la génesis de su familia y ahora, entre más tiempo pasa, más se ha interesado en sus raíces. Por eso trata de responder varias preguntas: ¿de dónde vinieron sus abuelos?, ¿cómo se conocieron sus padres?, ¿qué inspiró sus primeras decisiones?, ¿quiénes de la familia han vivido a lo largo de un siglo en las casas que construyó el abuelo?, ¿qué ha sido de los que se fueron?, ¿dónde están ahora?

Ciertamente, desde que me lo encontré, surgió en mi interior el mismo impulso por salvar del olvido ese pasado de un colectivo significativo también para mí, porque al igual que él, varios de los que nos fuimos temprano de la colonia anhelamos encontrar algo de nuestro origen, para saber un poco del porqué hoy somos lo que somos y de dónde venimos; de hecho, varias de las preguntas que se hace el Alpiste han sido materia de las partes I y II de la novela.

Para los que nos fuimos temprano, es difícil tratar de comprender por qué el Alpiste se aferró al callejón; sin embargo, para él es importante pararse todas las tardes en esa esquina, esperando a ver quién pasa por allí para ponerse a platicar y recordar cuando se juntaban para echarse un partidito mientras Eugenia, Chela, Blanca, Lourdes, Elenita y la Rorra se emocionaban desde sus ventanas porque unas le traían ganas al Fito que ya iba en la Universidad, al Guante que era técnico en la Ayotla Textil, al Beso que estudiaba en la prepa y al mismo Alpiste que vivía en la única casita nueva del callejón y trabajaba en la sastrería de su papá, pero que traía un Ford 200 al que subía a sus amigos para irse a entregar trajes.

Él recuerda que su abuelo decía “Por mal que te vaya, Tacubaya”; por eso, para él, es su lugar de salida y de llegada desde que nació. Hay que recordar que hace un siglo llegaron a la zona unos trascabos para remover los surcos de siembra que estaban a los costados del palacio del ex Arzobispado, donde desde antes ya se encontraba el Observatorio Astronómico de México; esas máquinas le fueron dando forma a las

calles de una nueva colonia que llevaría el nombre de aquella institución dedicada a predecir el clima basada en los cambios atmosféricos.



Palacio del ex Arzobispado, hoy Observatorio Meteorológico de México.

Pienso que el Alpiste, como en su momento lo hizo la mayoría de sus amigos, debió librarse de ese compromiso con el pasado porque, con todo y sus invocaciones, nunca ha logrado que las cosas sean como en aquellos años maravillosos. Él quisiera que la colonia volviera a ser tranquila y segura, igual que cuando se vivía bajo la estrecha solidaridad de los primeros vecinos, que junto con sus abuelos cuidaban de las buenas formas y del trato entre las familias decentes. En un recuento de los amigos y amigas del Alpiste que ya murieron contamos a Fito, Eugenia, los hermanos Carlos y Memo, Bernabé, el otro Memo, Graciela, la Rorra, Eugenia y los hermanos Pepe y Luisito.

Lo que leeremos en el cierre de la novela es cómo los abuelos —Juan y Juanita— fueron parte de un momento fundacional para la colonia Observatorio. Así se convirtieron en integrantes de las primeras clases sociales que en verdad fueron producto de la cultura del esfuerzo, en una ciudad que crecía impulsando la vida y la economía del país hacia colonias periféricas, las cuales se entretrejían al lado poniente de las vías del tren Nonoalco-Tlatelolco que llegaba a Cuernavaca y de allí hasta el río Balsas.

En ese contexto urbano y social creció el Alpiste, personaje en el que me he apoyado para dejar constancia de cómo se vivió en uno de los tantos barrios emergentes de la capital, cuando nadie se imaginaba que esa ciudad de tres millones de habitantes, todavía con aires provincianos de los buenos tiempos de don Porfirio, pronto se convertiría en la megalópolis ingobernable que es hoy.

Para contar las historias del Alpiste, en parte me valgo de lo que dice mi amigo Fernando:

La instancia más inmediata, la familia nuclear, fue la base y punto de partida con la que conté para establecer relaciones con el resto de las personas que me encontraba. Sin duda alguna, la estabilidad personal que me proporcionaba saberme parte de una familia, con la que podía contar incondicionalmente, sentirme querido y apoyado por mis padres; recibir el aprecio de mis hermanos, su acompañamiento, y fraternal cercanía, provocaron un respaldo emocional de mucha utilidad para poder enfrentar los retos que se me presentaron con el resto de la sociedad. La familia extensa, la de los tíos y tías, fue la instancia a la que mi familia se vinculó y a la que se acudió en busca de respaldo (Pérez López, 2018, p. 120).

CAPÍTULO I

Colonia Observatorio: el Macondo de Tacubaya

José Arcadio era el hombre más emprendedor que se vería jamás en la aldea, había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo, y trazó las calles con tan buen sentido que ninguna casa recibía más sol que otra a la hora del calor.

Gabriel García Márquez (1967).

DESPUÉS DE CHUPAR AQUELLA TARDE CON EL ALPISTE y acompañados del Beso en el León de Oro de la Escandón, mientras recordábamos nuestros años de juventud, la semana pasada le hablé para preguntarle cómo andaban las cosas por allá en la colonia y me pidió que fuera a verlo el siguiente martes. Quería que lo acompañara a ver a su primo, el Vicos, porque se lo había encontrado afuera del Farolito, la cantina que puso don Alfonso Swain por los años treinta. Me dijo que el Milla le había propuesto un negocio muy interesante y quería mi opinión.

Como yo estaba bien entrado redactando la parte III de *Los sueños de aserrín*, sin dudarle le dije que por allí le caería, pensando que podría confirmar más detalles de la vida de su familia para redondear algunos aspectos que me faltaban.

Entonces, como no estaba dando clases en la universidad por lo del COVID-19, pasado el fin de semana me lancé a la colonia con mi celular, para sacar algunas fotos de lo que me pareciera relevante y así tener más precisión al pulir los últimos capítulos, que todavía andaban medio flojos.



El emblemático edificio Ermita, hoy vecino de enormes rascacielos.

En esa casa de Calderón 57 todavía viven la tía Marilú, que se quedó en el segundo piso donde vivieron los abuelos; la tía Licha sigue en la parte baja de atrás, donde nacieron el Alpiste y sus hermanos; ahora que murió la tía Carmen, la

prima Carmina se quedó en la planta baja de enfrente, donde estuvo la sastrería; en el segundo piso de atrás, donde vivieron tres de las hermanas del abuelo y la familia del Alpiste, ahora está Vianney, la hija del Vicos, mientras que la tía Cristi vive en la casa de Calderón 42, que se ubica cruzando Cepeda, al otro lado de la taquería del hijo de don Pepe.



La boda de la tía Irene y el tío Lay.

Por su parte, la tía Irene, que acaba de cumplir 97, desde 1959 se había ido a vivir a Tláhuac, a unos terrenos que su cuñado —el teniente coronel Tomás— consiguió; por eso, cuando sus hermanas la visitaban decían que iban al rancho,

pues antes de llegar a Taxqueña todo se veía muy despoblado y en cuanto dabas la vuelta hacia Tulyehualco, el paisaje era dominado por la vista del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl.

Bueno, de regreso con el Alpiste, me comentó que había quedado de echarse unos tragos con el Vicos en la casa de Vianney, porque le iba a arreglar no sé qué cosa a su hija. Desde luego que acepté ir hasta allá. Y así fue cómo al medio día de ya ni me acuerdo cuándo, me fui con todo y que el pinche tránsito a esa hora se pone hasta la madre, porque hay que cruzar por un lado del mercado Cartagena, donde siempre hay un desmadre. Y es que en cuanto te sales del Viaducto, al llegar a Parque Lira, justo en los primeros puentes empieza lo chingón, con curvas y pasos a desnivel donde uno se atora más por el montón de camiones, micros, combis, vendedores ambulantes y el chingero de gente que se atraviesa entre los coches, porque va para las estaciones del metro y a fuerza hay que cruzar ese tramo para entrar hacia Observatorio.

Una vez que di la vuelta hacia la colonia, llegué al primer paso a desnivel por donde está la entrada a Parque Lira; pero termina y de inmediato empieza el segundo paso a desnivel, cerca del exconvento franciscano del siglo XVIII que después fue la Cooperativa de Vestuario y Equipo (Cove), fábrica del gobierno donde se hacían los uniformes militares; hoy sólo quedan los almacenes del Ejército. Luego se pasa por debajo del último Periférico y al empezar a subir, lo primero que se ve del lado derecho es el auditorio de la prepa 4 y a un ladito sus anchas escalinatas, donde por las mañanas se sientan los estudiantes para recibir los primeros rayos de sol.

Si uno sigue arriba sobre la avenida Observatorio, aparece el gran portón de lámina inoxidable por donde entran las autoridades del mismo plantel de la UNAM, todavía con los agujeros de los balazos que los miembros del Batallón Olimpia le dieron una madrugada de septiembre de 1968. Me acuerdo que los estruendos de las metralletas nos despertaron a todos los que dormíamos tranquilos en nuestras casas de la cerrada.

Esa vez el Chaparro, al Cabecas y al Fachoso se habían quedado de guardia para cuidar el plantel; pero aun con todo y los gritos que pegaron para ver si los vecinos salían a ayudarlos, aquellos tipos —con el rostro cubierto con paliacates y armados con cuernos de chivo— los subieron a una furgoneta blanca sin placas y no volvimos a verlos sino hasta tres años después, cuando Luis Echeverría empezó a liberarlos.

Fue en abril de 1971, cuando empezaron de nuevo las clases, que los secuestrados regresaron a la prepa para contarles a los nuevos alumnos cómo aquella noche se los llevaron al Campo Militar Número 1. Allí, luego de algunos días de tenerlos encerrados y torturarlos para sacarles información sobre los líderes del movimiento, ya bien espantados y medio madreos, los metieron en el palacio negro de Lecumberri.

El Cabecas, que más adelante se hizo amigo del Cacahuatle en la Facultad de Derecho, platicó que cuando estuvieron detenidos en la Defensa, por las noches sacaban a alguno de ellos y al rato se escuchaba por allá, lejos, que un oficial formaba un pelotón de fusilamiento y en acatamiento a sus órdenes se escuchaba la descarga de unos mosquetones, como los que te daban cuando hacías el servicio militar. De hecho, dijo

que una madrugada lo sacaron a él, lo pusieron frente al paredón y un sargento le vendó los ojos; entonces, todo sudoroso, oyó la orden de “¡Carguen, apunten, fuego!”



Cárcel de Lecumberri.

El pobre del Cabecas cayó al suelo en cuanto escuchó los disparos, pues fue tal su impresión que se desmayó, pensando que ya estaba muerto; pero lo cierto es que esos fusilamientos los hacían con balas de salva y luego de la faramalla, ya no los regresaban al calabozo donde tenían a los demás, sino que los subían a un camión del Ejército y se los llevaban directo a Lecumberri, donde tenían a todos los presos políticos de ése y movimientos anteriores.

Él mismo contaba que, ya reanimado con amoniaco y después de ficharlo, entró a las celdas donde estaban los presos políticos y se encontró con sus otros compañeros, quienes supuestamente habían sido fusilados; todos estaban junto con otros universitarios, artistas e intelectuales que participaron en el movimiento.

Siempre que paso por el portón de la prepa, me acuerdo de todo eso que sucedió en los alrededores de la colonia entre julio y septiembre del 68.

De repente, de manera inconsciente, me di la vuelta en U. Poco más arribita, bajando de regreso y después de pasar un par de callejoncitos, llegué a la esquina donde está la cerrada y al dar la vuelta, lo primero que vi fue el árbol en medio del callejón y, tantito más adelante del lado izquierdo, la casa del Alpiste.

Luego me acordé de los cuates y las niñas con las que jugábamos a la roña por las tardes, ya un poco entraditos en años, y de las fiestas que organizaban en las casas para ponernos a bailar las de Ray Conniff y de la Santanera. También recuerdo que los domingos íbamos a la matiné del Ermita, para ver qué movida agarrábamos. Después, ya inspirados en la nochecita, llevábamos serenata con las guitarras de Paracho que tenían Bernabé y Carlos, mientras las chicas nos escuchaban desde sus ventanas como si fuéramos los Panchos.

Como ahora el callejón siempre está lleno de coches, tuve que estacionarme afuera del zaguán del Alpiste; pero cuando apenas me estaba acomodando, salió y me dijo:

—Mejor mételo a la casa, porque luego llegan los Panchitos para darse sus toques y ya medio pasados, grafitean todo lo que está a su alcance, y la neta, aquí ya nadie se mete con ellos porque hasta fusca traen.

Sin entretenernos más, metí mi coche detrás del suyo y nos fuimos de fa hacia la esquina para atravesar la avenida por el puente peatonal, que pusieron después de tantos atropellados. Ya en la casa de Calderón 57, el Alpiste tuvo que tocar varias veces a mano pelada, pues, aunque ahí viven cuatro familias, nunca han puesto timbre porque, dicen, los chamacos que pasan por allí tocan de pura vacilada y se echan a correr.

Después de tres o cuatro veces que pegó con la palma de su mano, al fin se asomó la prima Carmina por la ventana y en cuanto se dio cuenta de que era el Alpiste, salió a abrirle. Luego de darle su beso en la mejilla, le preguntó a quién iba a ver. Él, muy atento, primero le preguntó por su nuevo nieto y después de que ella le dio santo y seña, le dijo que vería a Vicos, quien estaba arriba con Vianney.

A mí, después de echarme una mirada de arriba abajo muy discreta, me saludó con un “Buenas tardes, señor”. No sabía quién era yo porque, cuando iba a jugar con el Alpiste a esa casa, ella ni siquiera había nacido. ¡Vaya que pasa el tiempo!, ahora hasta abuela es. Después de ese preámbulo, Carmina le confirmó:

—Ah primo, con razón te vi llegar hace un ratito. Pásale.

Así las cosas, cruzamos el patio en donde hace 70 años jugábamos a las escondidillas con sus primos; seguimos hacia el fondo y empezamos a subir la escalera que está a un lado

de los lavaderos. Al escuchar nuestros pasos, el Vicos luego, luego se asomó por la ventanita de enfrente y salió. Ya estando sobre el pasillo, nos pasó a una salita, justo en la pieza donde el Alpiste se echaba sus “sueños de aserrín” en las madrugadas. Por eso se la pasó mirando un rato hacia el techo, como recordando sus años de pibe.

Como ya pasaba del medio día, el Vicos sacó una botella de tequila de un viejo armario. Se veía que se había preparado para recibirnos, porque ya tenía limones partidos, sal sobre un platito, las típicas copas de caballito y una botella de sangrita para que no se nos fuera a raspar el gañote. Una vez que nos sirvió la primera, se sentó en su sillón de mimbre, ese que se trajo de Tequisquiapan en su Brasilia.

Ya acomodados y con nuestro armamento en la mano, nos platicó que estaba muy emocionado porque el Milla, el que fue novio de la prima Josse cuando iba toda la familia a jugar volibol a Chapultepec, ahora está muy bien parado en el gobierno del Mesías porque desde muy jovencito, cuando se hizo líder vecinal de Tacubaya, siempre luchó para que se le resolvieran sus problemas a la gente pobre de la colonia.

Lo importante para el Vicos era que el Milla le pidió que lo ayudara a buscar proveedores para surtir los comedores populares que están funcionando en toda Tacubaya desde que Rosario Robles fue jefa de Gobierno, porque ella los empezó a poner por toda la ciudad y ahora, como parte de los programas de la 4T, están abriendo muchos más.

Se trata de comedores populares al frente de los cuales están unas señoras que son lideresas vecinales. Se ubican en

locales estratégicos a donde puede llegar a comer la gente pobre por unos cuantos pesos. El tema es que para las cocinas de Tacubaya, el abasto se iba a concentrar en una bodega que le acababan de entregar al Milla en los sótanos del teatro Ángela Peralta, el que está en Polanco, en Emilio Castelar.

—De eso es de lo que quiero platicar con el primo Álex, porque como él manejó las Taquerías Beatriz por muchos años, pues seguro que todavía tiene contactos en la Central de Abastos, con los que quiero que nos conecte para conseguir buenos precios y que nos entreguen puntualmente..., ah, y que sean productos de calidad, pero eso sí, sin hacer transas porque ya ven que con la 4T no hay corrupción.

Nos echamos la primera de un jalón y nos siguió diciendo:

—Además, el Álex sabe cómo estibar ese tipo de mercancía sin que se maltrate ni se eche a perder o que nos la vayan a hacer de jamón los fleteros, porque ya ven cómo se las gastan: que los paró una patrulla o que les dieron baje los Panchitos cuando pasaron por la Buenos Aires. Por eso, también quiero que me ayude con los inventarios y los envíos diarios a las cocinas, porque vamos a tener que ver con el encargado de la bodega, con los veladores, los choferes y los cargadores; además, con los vales de gasolina, pues, aunque el personal es de la Miguel Hidalgo, el responsable de todo ante la Sheinbaum va a ser el Milla.

Como el Álex no llegaba, pues empezamos a atormentarnos con el segundo caballito, mientras la botella se iba poniendo transparente, igual que nuestros cerebros. En ese

rato que estuvimos esperando, el Alpiste se puso a platicar de cuando era chico y nos hizo saber que, precisamente en esos cuartos donde estábamos, él había vivido sus primeros cinco años hasta que su abuelo, en 1951, modificó la parte de enfrente que era de adobe y de un piso; la siguiente ya fue de tabique y de dos pisos. Le dejó la planta baja a su papá, para que allí pusiera la sastrería con todo y despacho. Los siguientes tres cuartos se convirtieron en su nueva vivienda con todo y baño para ellos solitos.



El Observatorio Meteorológico y la colonia del Alpiste en 1940.

CAPÍTULO II

El Alpiste y Jorge, el primo universitario revoltoso

Yo no conozco el pasado, ¿cómo puedo librarme de él?
Cuando no lo conozco, me inquieta igual que el futuro.
¿A dónde va mi futuro? Parece que a ningún lado.

Silvia Molina (1999).

ANTE LA DECISIÓN DE NO SEGUIR ESTUDIANDO cuando tenía 12 años y de quedarse a vivir en la cerrada a la que se cambiaron cuando tenía 15 años, en espera de que su padre le heredara la sastrería, el Alpiste se perdió de los debates que se daban en las Islas de CU. En aquellas deslumbrantes instalaciones de San Ángel, los estudiantes discutían todos los días sobre las teorías revolucionarias que resolverían todos los problemas de México y del mundo, mientras se revelaban contra sus padres, a quienes criticaban su estilo de vida y sus ideas conservadoras sobre la virginidad y el sexo; pero, sobre todo, por el tipo de música que les gustaba escuchar. El gobierno tampoco se escapaba de sus críticas.

Toda la actitud sediciosa juvenil era acompañada de una nueva música, muy estridente para los adultos; se trataba del rock and roll, traído tanto de Estados Unidos, donde lo interpretaba el copetudo Elvis Presley, como de una Inglaterra

alborotada por los melenudos Beatles, cuatro chicos que enloquecieron a la juventud de todo el mundo con su *yea, yea, yea, yeeeee*, aunque sus canciones las entonaban en español los Teen Tops, los Locos del Ritmo y los Rebeldes del Rock.

En la universidad se enseñaba existencialismo, positivismo, funcionalismo y marxismo, mientras que en las primarias se educaba a los niños con el libro oficial titulado *El Alma Latina*, que tenían que llevar bien forradito. Eran mediados de los años cincuenta y principios de los sesenta, cuando México empezaba a modernizarse. Pero, al mismo tiempo, los sindicatos de maestros, ferrocarrileros y petroleros movilizaban a los trabajadores por mejoras que el gobierno no podía garantizar, así que la represión contra sus líderes fue el pan de cada día durante la Presidencia de Adolfo López Mateos. Igual, los estudiantes discutían lo que estaba ocurriendo en Cuba con Fidel Castro o sobre las revoluciones comunistas que propiciaba el Che Guevara con sus guerrillas en África y Bolivia. Al final, los muchachos terminaban peleándose en las cafeterías de las facultades, recién estrenadas por los niños fifis del Pedregal, Polanco y las Lomas.

Todo eso sucedía en el emblemático Primer Circuito de Ciudad Universitaria, inaugurado en 1952 por el presidente Miguel Alemán, de quien hubo una estatua en el centro de la explanada. La escultura, de cuerpo entero, fue dinamitada una madrugada de junio de 1966 en protesta por la represión sindical, la desigualdad económica y la falta de libertades políticas que se catalizaban con el descontento de los universitarios.



Universitarios polemizando en las cafeterías escolares.

No obstante que el Alpiste había dejado de estudiar, fue testigo cercano de lo que ocurría en los alrededores de la prepa 4, pues desde la ventana de la sastrería se daba cuenta de que los estudiantes salían a gritar demandas por la libertad de los presos políticos, a pintar camiones y a echar propaganda por las ventanillas de los coches que pasaban; los más atrevidos incluso quemaban vehículos del gobierno.

El Alpiste se emocionaba por lo que leía en el *Novedades* y el *Excélsior*, periódicos que llegaban a su casa, pero también por lo que veía en la noche durante el noticiero de Zabludovski; de esta manera estaba bien informado de lo que sucedía en la UNAM y el Poli. Obviamente, muchas cosas no las entendía. Los militares y pilotos que iban por sus uniformes a la sastrería opinaban que el presidente tenía que acabar con esos comunistas, dándoles una buena paliza. De hecho, una

vez escuchó a un general decir que Díaz Ordaz siguió los consejos de su general, Marcelino García Barragán, quien en ese momento era el secretario de la Defensa Nacional.

A propósito del movimiento estudiantil, el Alpiste siempre admiró a su primo Jorge, quien creció en esa casa de Calderón y sí llegó hasta la Universidad. Él oía a su primo platicar con sus tíos, que también estudiaron en la UNAM, que Echeverría se llevaba bien con Fidel Castro y Salvador Allende y daba asilo a los latinoamericanos que huían de sus dictaduras, para dar una imagen opuesta a la del presidente Díaz Ordaz.



El primo Jorge del Valle.

Jorge se fue muy jovencito a estudiar a Francia, por eso entendía que la política de Echeverría era para que la gente olvidara la matanza de Tlatelolco y confiara en que su gobierno no sería represivo como el anterior. De ahí que, cuando ocurrió

la represión de estudiantes en junio de 1971, el presidente presionó a Alfonso Martínez Domínguez, regente de la ciudad, para que renunciara como si él fuera el responsable de los normalistas muertos.

En París, Jorge participó en el movimiento de Mayo del 68 en su calidad de estudiante de la Sorbona y cuando regresó, acá iniciaba el movimiento. Claro que no se lo perdió; por las tardes se iba para CU y se agregó a la histórica Marcha del Silencio al lado del rector Javier Barros Sierra. Semanas más adelante, se organizó con sus compañeros de Psicología para ir a Tlatelolco y ya en la explanada, al empezar la balacera, en lugar de correr para protegerse se puso a cargar a los heridos que encontraba a su paso y llevarlos a las ambulancias. No le importó que los militares pudieran matarlo.

Esa vez, Jorge regresó a la casa a media noche. La tía Silvia lo esperaba llorando en el zaguán, porque sabía que su hijo andaba en ese mitin y en los noticieros se decía que algunos estudiantes armados habían atacado al Ejército y los soldados habían tenido que repeler la agresión desde las azoteas de los edificios. Finalmente, el primo llegó en un coche en que iban otros estudiantes.

Sin comentar nada, Jorge bajó de aquel Renault cuadrado, donde apenas si cabía, y con dos dedos de su mano derecha hizo la señal de la victoria para despedirse de sus compañeros. En seguida su mamá lo abrazó, le dio un beso en la frente y lo metió a la casa.



Militares y estudiantes el 2 de octubre de 1968 en la explanada de Tlatelolco.

Después de aquella trágica noche y de la inauguración de las Olimpiadas por parte de Díaz Ordaz, durante 1969 se fueron restaurando las clases poco a poco en los diferentes planteles de educación superior. Así las cosas, con su doctorado en Francia, Jorge se ganó una plaza en la UNAM y, ya en activo, se dio cuenta de que los trabajadores no tenían forma de defender sus derechos laborales. Entonces participó en la fundación del sindicato, pero en protesta a la reacción autoritaria del rector Guillermo Soberón, él y otros universitarios tomaron la Rectoría sin pensar que la universidad les levantaría cargos en el Ministerio Público. Ante esa demanda, la policía entró a CU una madrugada y se los llevó a Lecumberri.

Como en realidad era justa esa demanda de que se reconociera al sindicato, el estudiantado se movilizó en favor del

gremio. Ante la presión de la comunidad estudiantil, Jorge y sus compañeros fueron liberados al paso de un par de semanas. Más adelante, la misma universidad le reconoció sus méritos académicos y el rector siguiente lo nombró Director General de Servicio Social.

Fue tal el involucramiento de Jorge en los asuntos políticos del país que pasó lo siguiente. En 1994, cuando el Subcomandante Insurgente Marcos se levantó en armas, el entonces secretario de Relaciones Exteriores, Manuel Camacho Solís, fue enviado por Carlos Salinas para establecer un armisticio en Chiapas; pero como la sucesión presidencial estaba muy candente debido al asesinato de Luis Donaldo Colosio, fue hasta el siguiente año, ya en la Presidencia de Ernesto Zedillo, que le pidió a Jorge que fuera junto con Marco Bernal, amigo de la infancia del Alpiste, a negociar la paz con el EZLN. Gracias a los convenios logrados, a las pocas semanas se firmaron los Acuerdos de San Andrés Larráinzar.

Después de esa actuación política tan exitosa, Jorge fue nombrado a su regreso como subsecretario de la Semarnat, debido al interés que había mostrado desde los inicios de su carrera por los problemas ambientales de los bosques y las selvas del país.

Por todo eso y más, el Alpiste siempre lo ha admirado. Aunque no se le olvida que, cuando eran chicos, él le ponía sus cates atrás de los lavaderos porque no le prestaba los juguetes que su abuela le sacaba en una caja de cartón y esparcía sobre el suelo; eso sí, luego de trapear el patiecito que sigue allí, a un lado de la pileta.

Pasado el tiempo, el Alpiste dejó de verlo porque cada quien siguió por caminos diferentes. Jorge se dedicó a su actividad universitaria y a la política, mientras que él se quedó en la sastrería de su padre, donde el trabajo, entre otras cosas, consistía en salir cada quincena a recolectar los abonos de los trajes y uniformes que fiaba a los pilotos. A él no se le olvida lo grato que era manejar por la ciudad, cuando se podía cruzar en unos cuantos minutos desde Tacubaya hasta cualquier punto extremo, porque las avenidas estaban despejadas y con pocos semáforos. Pasar por División del Norte, avenida Universidad, Doctor Vértiz, Cuauhtémoc, Obrero Mundial o Niño Perdido era una delicia por sus tranquilas colonias, que apenas se iban poblando.

Así pasó mucho tiempo hasta que se volvió a encontrar a su primo en el sepelio del tío Sergio, quien era ingeniero civil pero desde muy joven trabajaba en el Ejército. Un día funesto llegó a la Defensa Nacional para revisar unos planos que preparaba para el nuevo Colegio Militar que estaría en la salida a Cuernavaca; uno de sus compañeros limpiaba su arma y, por un descuido, se le disparó y la bala pegó en la cabeza del ingeniero, que murió instantáneamente sobre su restirador. Después de las averiguaciones realizadas por la autoridad militar, trasladaron su cuerpo a la funeraria del Ejército y ahí fue donde el Alpiste se volvió a ver con Jorge, pues el tío Sergio era hermano de su mamá.

Aunque se reconocieron de inmediato, ambos ya treintones, se dijeron muy poco más allá de que los dos se sentían avasallados por la trágica muerte del tío Sergio y la pena que

significaba para su madre y sus hermanos, quienes se sentían muy orgullosos del importante proyecto que estaba llevando a cabo. Todo quedó en:

—Qué pena, primo, espero que su esposa e hijos pronto se reconforten —se dieron un fraternal abrazo y ahí quedó todo.

Una noche de dos años después, el hijo de Régulo, el otro tío de Jorge, subió corriendo al callejón a buscar al Alpiste. Le pidió que fuera urgentemente a su casa, porque en cuanto llegó su papá, se había desvanecido en la entrada de la privada. El Alpiste bajó hecho la mocha y fue tras el niño para ver qué podía hacer. Encontró a su tío inconsciente, tirado sobre la banqueta, y lo único que se le ocurrió fue darle respiración de boca a boca para ver si reaccionaba, pero no pasó nada. Atrás de él llegó Juan Huitrón, su amigo del callejón que ya era médico, sacó su estetoscopio, se lo puso en el corazón, le tocó la vena aorta con dos de sus dedos y su expresión fue letal:

—El señor ya es un cadáver.

En balde fue el esfuerzo del Alpiste, y aunque no pudo ir al velorio, el primo Jorge consiguió su número telefónico para llamarlo y decirle que su sobrino lo había enterado de lo que hizo para tratar de salvarle la vida al tío Régulo y que no sabía cómo compensárselo; pero que algún día Dios se lo pagaría. El Alpiste se quedó medio atónito porque en la familia siempre se dijo que, desde que Jorge se fue a Francia, se había vuelto comunista y que éstos no creen en Dios; pero bueno, tal vez lo dijo a sabiendas de que todos los Cañas eran bien mochos.

No obstante, el único mal recuerdo que guarda del primo es que, después de ser nombrado subsecretario, fue a buscarlo a su oficina, allá por la subida al Ajusco, y aunque alcanzó a ver desde la sala de espera que daba instrucciones a sus subalternos, al rato la recepcionista levantó la bocina del teléfono, volteó a verlo y desde su lugar le dijo que el doctor Del Valle no iba a poder recibirlo porque se le había presentado un asunto urgente con la secretaria —que en ese momento era su amiga, Julia Carabias—, pero que él le llamaría luego.

En eso paró la última vez que tuvo contacto con su admiradísimo primo Jorge. Hoy, al paso de tantos años, el único de esa familia que de vez en cuando busca al Alpiste es Roberto, su hermano menor, porque le gusta juntarse con los primos Cañas de su edad. Es así porque creció con algunos de ellos en la casa de Calderón 42, donde vivió hasta que se cambiaron a la privada que sigue estando en la avenida Observatorio, ya casi para dar vuelta hacia el Molino de Santo Domingo.

CAPÍTULO III

El Milla y los comedores populares del Mesías

Cómo pretendes volar, si no te alejas de los que te arrancan las plumas.

Gato lector

BUENO, PUES DE REGRESO AL TEMA de los comedores populares para las colonias de Tacubaya, sin que el primo Vicos le preguntara nada, el Alpiste que se suelta con una retahíla que rezaba así:

—Eso de meterse en política en estos tiempos es muy riesgoso, porque el Mesías, en lugar de resolver los problemas del país utiliza sus “mañaneras” para dividirlo, echándole la culpa de todos los problemas a los conservadores, a los neoliberales, a los corruptos y a los fifís, porque todos son parte de la mafia del poder. Él se la pasa haciéndole propaganda a su 4T, con programas como éste de los comedores populares al que le quieres entrar; pero nada más sirven para repartir migajas a la gente pobre. ¡Cómo no le va a gustar al pueblo que le den de comer barato y a la vuelta de su casa, sin más trabajo que votar por su partido, además de que en cada comedor se crean por

lo menos cinco empleos para las señoras que se encargan del comedor! No me digas que ahora hasta en cocinero te quieres convertir.



El Mesías en una de sus mañaneras.

Y sin parar, continuó destapándose:

—¿Sabes que este gobierno también da despensas? Y con esto de los comedores, ahora hasta quiere dar de comer en las colonias pobres con tal de que las señoras estén agradecidas con él. También da becas a muchachos que ni estudian ni trabajan, para meterlos al programa “Jóvenes construyendo el futuro”. Por si fuera poco, les ofrece manutención a las alumnas universitarias que se embarazan, aparte de la pensión universal que acaba de aumentar para los adultos mayores de 65 años, sin importarle si son ricos o pobres. A los indígenas y campesinos, que ni trabajan sus tierras, les manda dinero para que

no vengan a las ciudades. Para acabarla de amolar, echó abajo obras enormes y aquellos programas que le olían a PRI o PAN. En su lugar, ha inventado programas para los que viven en los asentamientos irregulares, que ni se alfabetizan ni aprenden oficios y, en cambio, asaltan, limpian parabrisas o se la pasan en la güeva porque les llegan todos estos apoyos. Hay mucha gente que sí quiere progresar, pero como no se han generado empleos, mejor se van a Estados Unidos y Canadá, porque allá ganan cinco veces más y mandan lo que el gobierno llama remesas; luego, cuando regresan, se traen sus trocas gringas y sus ahorros para reparar sus casas o poner un negocio. Eso sí le gusta al Mesías, porque meten al país mucha lana gringa; por eso al principio de su sexenio dejaba pasar a toda la gente que iba para el norte, pero apenas se le puso bravo el Trump y luego luego que se alinea. Ahí tienen a la Bestia, el tren en el que viajaban los indocumentados en el techo, pues lo mandó descomponer; pero, además, a su nueva Guardia Nacional la mandó para el Suchiate a retenerlos, porque que por allí se pasaban sin mayor problema.

Bueno, pues ya con la segunda que nos echamos, el Alpiste no paraba con su retahíla y siguió diciéndole al Vicos que lo que en realidad le interesa al Mesías, además de ocupar el lugar que dejó Hugo Chávez, es que la gente pobre siga igual de jodida para que cuando haya elecciones, la gente vote por su partido.

Al principio, el Vicos nada más cruzaba miradas conmigo, como diciendo “¿para qué invité a este cabrón de mi primo?”; pero ni lo refuté ni nada. Sentí como que se admiró de que el

Alpiste estuviera tan bien informado y pensara de esa manera, aunque después de cavilar un poco y de echarnos la tercera, pero ya con un traguito de sangrita, le dijo:

—Mira, primo, no sé por qué te echaste ese rollo tan largo, como si fueras uno de esos que hablan en el radio o la televisión. La verdad, no entiendo mucho de todo; nosotros sólo estamos hablando de unos comedores populares que el gobierno está proponiendo poner aquí en Tacubaya y de que nuestro amigo el Milla nos está pidiendo que le ayudemos para que funcionen bien y, así, la gente pobre de por aquí pueda comer en un lugar limpio y barato. Dime si te acuerdas de algún pinche presidente, de los de antes, que haya hecho algo parecido para nuestra colonia; lo único que hacían era llevarse la lana, ya ves cuántos años se tardaron en pavimentarla. Con la 4T ahora sí hasta van a juzgar a los expresidentes. Aquí en la zona, la gente está contenta porque después de tres campañas, finalmente llegó el Mesías. No sé si te acuerdes del 2000, cuando la gente ya estaba hasta la madre del PRI y con tal de que perdiera, la mayoría votó por Fox y la neta no nos fue tan mal, aunque metió la mano en las elecciones para que ganara Calderón. Por eso el Mesías llegó ganando con un chingo de votos; hasta creo que éste sí se va a chingar al Salinas, porque está metiendo al bote a exgobernadores y altos funcionarios que se han chingado la lana del pueblo. La verdad, no sé por qué no te das cuenta de que éste sí está en contra de la corrupción y lo que le están pidiendo al Milla es que se encargue de algo en lo que se va a mover mucho dinero y saben que él siempre ha sido muy honesto.

Después de oírlo, yo mejor les dije “salud”, asintiendo con un movimiento de cabeza, pues en parte tenía razón. La verdad es que, con Peña Nieto, los del PRI se la mamaron, empezando con lo de la Casa Blanca de su esposa en las Lomas y luego con el escándalo de Odebrecht, que involucró al director de Pemex y a varios funcionarios de los gabinetes anteriores; pero lo peor es que hasta el ex secretario de la Defensa, Salvador Cienfuegos, fue detenido en Estados Unidos por la DEA dizque por ser padrino del narcotráfico, aunque luego no le comprobaron nada.

Entonces pensé que era una chingadera del Alpiste aguarle la fiesta que se traía su primo con lo de los comedores populares, pues ahora que el Vicos y el Álex tenían esa posibilidad, con la que iban a ayudar a la gente de Tacubaya, qué bueno que la aprovecharan porque sería un negocio limpio con el que estarían ocupados y se podrían ganar una lanita decentemente, además de recomendar a sus primas y sobrinas para que se hicieran cargo de algunos de los comedores.

No hay que olvidar cómo se traían al Milla los de las juntas de vecinos anteriores, cuando todo estaba bajo control del PRI; en ese entonces, los vecinos se persignaban con el tricolor, además de que el Vicos siempre fue de los pocos que cuando se lo encontraba en la calle, lo saludaba y se quedaba platicando con él sin importarle que lo vieran los demás. Por ese tiempo, el pobre Milla se la pasaba echando madres por las transas que hacían los de las delegaciones con las Juntas de Vecinos, pues en lugar de desazolvar los drenajes, pavimentar las calles

o poner banquetas, se gastaban la lana en fiestas vecinales con luces artificiales y grupos musicales; pero eso sí, la propaganda de Solidaridad no faltaba en la tele.

A pesar de todo eso, el Milla trabajaba en la colonia, motivado por lo que andaba haciendo el ingeniero Cárdenas con su movimiento para democratizar el PRI. Entonces él organizaba grupos de alumnas de la ETIC para que ayudaran a las viejitas con su mandado, las acompañaran hasta el camión e incluso fueran con ellas; con los alumnos de la secundaria 17, le entraba a la reparación de techos de las vecindades con materiales que conseguía en la tlapalería del japonés que sigue allí, en avenida Jalisco. Por el contrario, en los comités distritales del PRI se organizaban reventones sabatinos, donde se vendía alcohol y droga.



La Casa Blanca de Angélica Rivera en las Lomas de Chapultepec.

Por estar en contra del gobierno de aquellos años, el Milla se ganó detractores por todas partes. La grilla en Tacubaya se estaba poniendo muy caliente con el avance de la izquierda, porque la gente defendía sus intereses a capa y espada con tal de obtener cualquier beneficio; por eso, ahora la gente del Mesías le había echado el ojo para que fuese él quien se encargara de los comedores populares.

El Vicos dice que el Milla se lo merece, porque es alguien en quien confían los vecinos y lo conocen desde niño. Además, hay lideresas muy aguerridas entre las jefas de los comedores que están de acuerdo en que sea él quien esté al frente de este programa, pues también es muy simpático, carismático, ha sabido ganarse la fama de luchador social y ha sido derecho con todas ellas; muy al contrario de lo que hacen otros lidercillos, que sólo le entran a la grilla para ver qué sacan.

Después de todo lo que dijo el Alpiste, mejor me quedé viendo la escalerita por donde hace 70 años bajaban las tías viejitas para ir al baño. Entonces muy calladitos, pero chupando, esperamos un rato más a que llegara el Álex. El Vicos aprovechó ese momento para ir al baño y cuando regresó, seguimos platicando de cualquier pendejada, como para que el Alpiste se distrajera y no empezara de nuevo con su retahíla contra el Mesías.

Como Álex no llegaba, el Vicos nos sirvió la enésima copa de tequila; pero entonces sí, ya calentitos de la garganta y de la cabeza, el Vicos levantó su caballito y, extendiendo su brazo hacia el Alpiste para obligarlo a decir “salud”, retomó el asunto.

Puso una mano sobre el hombro de su primo y casi le rogó que no fuera a empezar con los mismos rollos, ahorita que llegara el Álex, porque:

—Ya lo conoces cómo es coyón y no vaya a ser que me deje solo en esto, que es nuevo para mí. Además, es algo en lo que él también se puede ganar una lanita y puede trabajar un rato por las mañanas, mientras yo le agarro la onda. Si no es él, ¿a quién más le puedo pedir algo así y que sea de absoluta confianza?

Obviamente al Alpiste ni le propuso nada, aunque sabe que él ya lleva tiempo de estar casi retirado y la sastrería ya ni la abre. Sólo le queda la Singer que fue de su mamá y, por respeto a su padre, que le tuvo tanto cariño a su oficio, no se deshace de ella. Si acaso, de vez en cuando hace algunas composturas a sus cuates, pero más que nada, para cotorrear con ellos y recordar las aventuras que vivieron en el callejón o cuando se iban de excursión al Nevado de Toluca o a las Estacas.

Como vi que en realidad el Vicos se había preocupado por todo lo que dijo el Alpiste sobre el Mesías, en lugar de pedirles que me contaran nuevas historias de la vida en la colonia, pensé que era mejor dejar de ser un simple observador y decidí intervenir; entonces le dije al Vicos:

—Mira, la verdad es que el Alpiste hizo esos comentarios porque se da cuenta de que medio México está bien encabronado por todo lo que dice el Mesías en sus mañaneras; pero, la neta, se ve que sí está ayudando a la gente más jodida del país y como he platicado con el Alpiste sobre estas cosas, por eso quise acompañarlo, para saber por qué hay tantas personas que lo siguen en la colonia con todo y que habla tan mal de las

clases medias y, por lo que has dicho, me queda claro que hay razones de fondo para que acá se le siga apoyando. Por mí ni te preocupes, porque aunque no sabía nada de los comedores populares, ahora veo que hay mucha gente del pueblo metida en este proyecto y eso sí va a reforzar a la 4T.



Comedores populares en Tacubaya.

Le dije eso nada más para tranquilizarlo, no porque yo estuviera muy convencido de todas las pendejadas que ha estado haciendo el Mesías desde que llegó al gobierno, porque seguro que si hubiera triunfado con mayor fuerza en la capital durante la elecciones de 2021, sí que estaría pensando en “mandar al diablo a las instituciones”. Eso es por lo que mucha gente está preocupada, porque, aunque nuestra democracia es tortuosa, lenta, cara y aburrida, siempre será mejor que tener a

un dictador; eso me lo comentaron unos amigos argentinos y chilenos que vivieron cuando se instauraron las dictaduras en sus países con Pinochet y Videla, igual que como pasó antes con Franco en España y Castro en Cuba y ahora con Maduro en Venezuela.

En eso dejamos lo del Mesías y, ya medio cuetes, que aparece el Álex con su sonrisota de siempre y repartiendo besos; pero la neta, siempre en buena onda, muy simpático y con el pretexto muy válido de que se había quedado para atender a la tía Cristy, que estaba delicada de salud, y porque sus hermanos se habían ido a abrir la Beatriz de la Zona Rosa; pero la tía Marilú llegó a saludar a su hermana querida y se quedaría allí hasta que él regresara.

Bueno, pues en cuanto el Vicos le sirvió la primera, se le echó de un jalón y luego le preguntó para qué era bueno. La neta, ya estábamos medio pasados por los caballitos que nos habíamos tomado; no obstante, le trató de explicar lo que se traía con el Milla. El problema es que el Álex ya tenía rato de no llevarla bien con el Milla, porque cuando este cabrón fue novio de la prima Josse, al mismo tiempo andaba tras de July, una chica muy simpática que vivía en Alpes, esa cerradita que está entre General Plata y el ex Arzobispado. Andaba tan entrado que hasta se casó con ella, mientras la pobre Josse se la pasó un buen rato bien sacada de onda; aunque luego, pasado el tiempo, conoció al Herculitos, un cuate bien mamado que vivía en Blanquet, una cuadra arriba de la gasolinera.

En esa calle había una pandilla bien cabrona para los chingadazos y a los de la cerrada nos traían en la mira, porque cuando bajaban a las bailadas de las Catacumbias no los invitaban debido a que se iban sobre nuestras chavas. De hecho, nunca se les olvidó que el Beso se trompeó bien sabroso a uno de ellos que se la estaba armando de jamón al Alpiste, nada más porque le cayó gordo. Lo de siempre, éste nada más se hacía güey y el Beso entró en acción, pues en ese entonces los dos ya eran los mejores amigos.

En eso quedó el asunto que se traía el Vicos con el Milla, pero yo me quedé intrigado con lo que iba a pasar en esa reunión, pues eso de los comedores populares se me hizo interesante; por alguna razón hay tantas señoras tan interesadas en trabajar en ese programa. Quería que un día nos llevara a conocer algunos de los que ya están funcionando en la colonia y quedarnos a comer para ver qué tipo de gente va, cómo están organizados y qué tal está la comida.

CAPÍTULO IV

El velorio del tío Federico

Los viejos compañeros de parranda de Aureliano Segundo pusieron sobre su caja una corona que tenía una cinta morada con un letrero: Apártense vacas que la vida es corta.

Gabriel García Márquez (1967).

LUEGO DE COTORREAR UN RATO y sorber de poquito en poquito nuestro tercer caballito, el Álex, en lugar de contes-
tarle a Vicos, le dio un sorbo a su tequila y se quedó callado
viendo hacia la casa de sus abuelos, los Reyes. Medio nostál-
gico, recordó que hacía 50 años había muerto su tío Federico
en un accidente al regresar de Acapulco, donde dirigía la cons-
trucción de unos edificios para el gobierno. Eso fue muy dolo-
roso para toda su familia, porque era el más joven de cuatro
hermanos y el único con título de ingeniero por la universidad.
El problema también fue que se casó con una gringuita muy
guapa y tenía dos hijitas bien bonitas, que ante esa tragedia
se quedaron sin sostén alguno; por eso, al poco tiempo ella se
tuvo que regresar a los *Unaites*, con todo y las niñas, a un
pequeño pueblo de Texas donde vivía su familia y ya nunca
se volvió a saber de ellas.

Álex, muy triste, nos dijo:

—Me acuerdo que varios de las palomillas de Marina y Calderón, que según no se podían ni ver por sus rivalidades territoriales en la colonia, esa vez vinieron muy serios a la casa, donde hicimos el velorio. Yo apenas tenía 16 años y me conocían muy bien porque, de chico, mi tío siempre me llevaba a la esquina a tomarme un refresco junto con todos ellos; por eso, al ver que iban llegando, mi abuelita me encargó que yo los atendiera. Conforme iban entrando se quedaban cerca del zaguán, pero separados unos de otros, como para prevenir que se enfrascaran en una bronca similar a las de cuando terminaban sus partiditos de americano; pero no pasó nada, al contrario.

El Pibe, que había jugado en ligas mayores con los Pumas, era el líder de los de Marina y cada vez que llegaba alguno de sus cuates, se lo jalaba hacia el lado derecho del patio. En tanto, Pepe Vargas, el hijo de don Pepe, el de la panadería, en ausencia de Federico tomó espontáneamente el papel de líder de los de Calderón; ellos se hacían un poquito hacia el lado izquierdo, a prudente distancia de los otros. Al principio ni se saludaban entre ellos, pero de vez en cuando se echaban una que otra miradita discreta.

De hecho, ya tenía mucho tiempo de que no se veían, porque algunos habían terminado sus carreras y en ese momento ya se dedicaban a sus negocios o a su trabajo; otros ya eran casados y con hijos. Sin embargo, que Federico muriera de esa manera tan inesperada y trágica a todos les caló, pues, en vida, él siempre fue buen amigo de todos;

en primera porque vivió en una casa de Cueto, al lado del edificio misterioso que sigue allí en la esquina con Calderón; en segunda porque, cuando las cosas se pusieron mejor, don Alejandrino Reyes compró la casa de al lado donde nació el Alpiste; esa casa tenía su fama porque allí vivió Esmeralda, la estrella de los cabarets en los años cincuenta.

Cuando era chico, Federico salía a jugar ya fuese con los de Marina o con los de Calderón. Si unos estaban en la calle de abajo, se iba a jugar, y si había alguien de la calle de arriba, pues se subía media cuadrada e igual se iba a jugar; a él no le importaban los pleitos entre ellos. Las broncas fuertes vinieron después, cuando crecieron. En las cascaritas que se echaban, siempre había rozones y empujones que terminaban a trancazos; pero, además, las chicas de la colonia también estaban en juego, incluidas las tías solteras del Alpiste, las Muñoz, las Díaz, las Linares, las Santana, las Coto y las Zárate.

Doña Beatricita, la mamá de Federico, sacaba un perol de cristal con tepache bien fresco, un poco de mole y tortillas calientitas después de que los muchachos terminaban de jugar los fines de semana; era de lo que no se vendía en las taquerías del centro que había heredado de su mamá. Ellos, claro, ni prestos ni perezosos le entraban con ímpetu y se preparaban tremendos tacos con aquellas gorditas hechas a mano y cocidas sobre los comales que se colocaban en la entrada de cada puesto. Eran tiempos en que la gente era buena y noble, y los muchachos respetaban a los adultos; así

que en cuanto se habría el zaguán de Federico, todos se comportaban como acólitos de la Santísima.



Taquería Beatriz.

Ésa era la diferencia de ser amigo de Federico, que además de platicador y bueno para jugar soccer o americano, desde muy chico era coquetón con las chicas de la colonia. Bueno, en algunas ocasiones su mamá lo mandaba a las taquerías, ya fuera a la de Uruguay, a la de Bolívar o a la de Isabel la Católica para ayudar a barrer o lavar trastes. Sin embargo, nada tonto, se llevaba al Pibe o a Luis Díaz para que le echaran la mano con la chamba y él, muy fregón, se ponía dizque de cajero; ahí, de repente, le pellizcaba a las pesetas para luego dispararles las chelas a sus cuates cuando regresaban a la colonia. Además, sus hermanas, ya fuera Mina, la Chata o el mismo Miguel,

según a cuál taquería hubieran ido, les invitaban un atracón de tacos de carnitas con chicharrón y ya con la panza llena ni merendaban en su casa.

Ése fue el tío Federico, el amigo por el que las palomillas de Marina y Calderón, ya entrados en años, fueron a rezarle sus avemarías para que Dios lo guardara en su santa gloria. Álex comentó que, al día siguiente, todos fueron en sus coches atrás de la carroza hacia el panteón de Dolores, sin importar si eran de Marina o Calderón. Al llegar a la fosa, se veía que habían hecho las paces y dejado de lado sus insulsas rencillas de juventud, y al final del funeral, se despidieron de abrazo.

Apenas 15 años antes armaban sus equipos de americano. El de Marina con Víctor Baltazar Martínez, su hermano el Pibe, Luis Díaz y algunos que vivían en las vecindades que estaban a un lado de la vía del tren; el equipo contrario se formaba, entre muchos otros, con Jorge Monroy que vivía en Cueto pero se juntaba con los de Calderón porque su hermano andaba de novio con Chela Luna, la hija del doctor más querido de la colonia. Esos partidos se ponían muy peleados, debido a que Víctor y Jorge ya eran estrellas de ligas intermedias, uno del Poli Guinda y otro de los Pumas, así que la cosa se ponía de a peso. Se echaban unas jugadas que parecía que estaban en el estadio.

El Alpiste se emocionaba al ver desde su ventana cómo driblaban a toda velocidad a sus contrincantes. Levantaban sus piernas para pisar sobre los muros laterales que encontraban a su paso y, de un salto, los otros se quedaban de a seis.



Víctor Baltazar Martínez en el Salón de la Fama del IPN.

Pero de vuelta con las exequias del tío Federico, Álex dice que Víctor Baltazar Martínez llegó al entierro junto con su hermano el Pibe, yéndose directo al lugar donde don Alejandrino consolaba a doña Beatricita; se disculpó por no estar la noche anterior en el velorio; pero en ese momento él ya era el entrenador del equipo del Poli Guinda y el siguiente sábado se disputaría el campeonato de la liga contra los Pumas, por lo que tenía que estar en los entrenamientos de su equipo. Don Alejandrino le dijo muy comprensivo:

—Mira, hijo, todos estamos muy orgullosos por lo destacada que ha sido tu carrera deportiva y más ahora que estás al frente del equipo de tus amores; yo no sé mucho de ese deporte, pero Federico siempre nos platicaba que le encantaba ir a verte al estadio; él siempre te admiró, te quiso mucho y la

verdad, tenerte en estos momentos tan difíciles aquí con nosotros, nos reconforta mucho, además de que también nos han acompañado todos sus amigos de la palomilla.

Conforme llegó el resto de los dolientes, tanto los de Marina como los de Calderón, después de dar el pésame se acercaban muy discretamente a Víctor para saludarlo y se quedaban un ratito con él para felicitarlo por la dirección técnica de su equipo, además de haber sido postulado al Salón de la Fama de Fútbol Americano. Lo más lamentable es que apenas tres días antes de cumplir 80 años, el Alpiste le llevó un ejemplar del libro que la universidad acababa de publicar, en donde aparecía parte del historial del buen Víctor como una de las personas destacadas de la colonia.

También hubo caras más antiguas, las de los señores que por los años veinte del siglo pasado llegaron a aquel paraje polvoso para construir las primeras casas de la colonia; ahí estaba don Humberto Muñoz, que sabía del dolor de perder a un ser querido porque su hija Cuca falleció cuando apenas tenía 18 años; atrás de él apareció el señor Santana, cuyo hijito tomó la escopeta de su papá para darse un tiro en el pecho después de reprobar en la primaria; luego entró don Pepe con su hija, que habían perdido recientemente a doña Lucha; no faltaron los Linares y el doctor Luna, que siempre atendía a nuestros enfermos.

Como dice el primo Álex, la muerte de su tío Federico reforzó aquellos lazos de amistad y solidaridad que se tendieron entre los vecinos desde la fundación de la colonia; en ese

momento tampoco fue la excepción entre los muchachos de Marina y Calderón, que crecieron con él en esas calles.

El Alpiste recuerda que, cuando niño, disfrutaba mucho ver, desde la ventana de la sastrería, cómo esos adolescentes, ahora octogenarios, aprovechaban las tardes del tiempo en que se pavimentó la calle para echarse sus partidos de coladerita, con unas pelotitas de hule comprimido de colores que sólo vendían en el mercado Cartagena.

Como el partido se jugaba de apuesta, al terminar se iban a la tienda de don Marcos, en la esquina, y los que perdían tenían que disparar los refrescos; los más grandes se bebían una cervecita a escondidas. Unos se quedaban sentados sobre la banqueta y otros entraban al patiecito trasero de la tienda, por si llegaba la policía.

En ese entonces, don Ernesto P. Uruchurtu era conocido como el Regente de Hierro por el orden que ponía en toda la ciudad. Hasta a los salones de baile, como el Floresta que estaba enfrente de la embajada rusa, los clausuraba por considerarlos lugares donde se incurría en faltas a la moral, ya que las muchachas llegaban solas a buscar pareja para bailar. Total, que la policía andaba muy estricta contra la vagancia, el libertinaje y, no de diga, la prostitución.

Una vez, el Che iba subiendo muy tranquilo del Nido. Llevaba un mandado que le había encargado el señor de la tlapalería, cuando se dio cuenta de que la chota subía lentamente sobre Observatorio, como en busca de una calle. Luego vio que se paró en la esquina de Marina, quizá volteando a ver si era donde los muchachos jugaban en la vía pública. Como

él había visto que sus cuates se estaban echando sus chelas a la vuelta, de seguro la policía iba a sorprenderlos si subía por Cueto. Entonces corrió sobre los durmientes de la vía hasta llegar a Cepeda y en cuanto dio la vuelta, les chifló desde la Roca mientras con señas les decía que ahí venía la policía; al verlo, espantados, de volada que empieza el corredero hacia todos lados.

Pepe y Pedro se metieron en los hornos de la panadería; el Pibe y Víctor se escondieron dentro del taller del maestro Zárate; Federico y Rubén se echaron a correr por Cepeda, dieron la vuelta en Marina y subieron por Cueto hasta llegar a la vecindad de doña Pelancho; Humberto y Raúl se subieron como de rayo por Cepeda, dieron la vuelta en General Plata y después de correr media cuadra, vieron entreabierto el zaguán del niño Swain y que se meten sin permiso de doña Chayo, cerrando de un portazo. La señora Swain ya los había visto correr desesperados por la banqueta y, a sabiendas de que eran amigos de sus hijos, salió por ellos al corredor y los pasó a la cocina por la parte trasera del patio para darles un bolillo y que así se les bajara el susto. Como el Vejigo había ido a comer, le dijeron que hablara a la sastrería y le pidiera a don Luis que se asomara para ver qué estaba pasando con sus amigos; inmediatamente abrió la ventana para ver qué sucedía.

Luego de un rato, don Luis regresó la llamada para informar que unos policías estaban discutiendo con don Marcos, en la esquina, porque de seguro algunos muchachos se habían metido a su tienda para que no se los llevaran por estar de

callejeros; probablemente lo estaban amenazando con clausurarle la tienda por proteger a esos vagos.

Al ver la situación, el mismo don Luis dijo que hablaría con ellos para convencerlos de que los dejaran en paz. Entonces le dejó encargados sus clientes al Cacahuete, que ya sabía tomar medidas y mostrar los figurines, y ni presto ni perezoso salió a la esquina con todo y mandil y cinta métrica colgando del cuello, para negociar con los azules.

Al llegar, señaló en dirección de la sastrería y dijo que acababa de llamar al Estado Mayor Presidencial para que interviniera, pero que si insistían, primero se comunicaran por radio con su jefe para recibir órdenes, porque los chamacos eran casi niños y sólo se estaban tomando un refresco después de salir un ratito a estrenar el pavimento que acababa ponerles el gobierno.



Estado Mayor Presidencial.

Como notaron que don Luis era gente seria e incluso influyente, ya que vieron dos vehículos de la Defensa Nacional y unos oficiales afuera de su zaguán que volteaban hacia la tienda, los policías mejor dijeron que no existía ningún problema y se retiraron. Reportaron que el llamado había sido una falsa alarma.

Bueno, como dice el refrán: “El que tiene más saliva come más pinole”. Don Luis se aplicó bien con sus argumentos, y el *jeep* con todo y policías emprendió su viaje en dirección a Barranquilla. Teresita y su hija lloraban atrás del mostrador y doña Delfinita, la que vendía pepitas afuera, mordía su rebozo mientras rezaba entre dientes, rogando que no se fueran a llevar a esa criaturas, pues ella los quería mucho porque eran sus clientes de diario y no faltaba que una de sus mamás, antes de irse ella en las noches, le llevara algún recalentadito para que se lo cenara en su casa.

Superado el problema, don Marcos agradeció a don Luis y le prometió, de ahí en adelante, hacerle una rebaja en las llamadas telefónicas de 15 a 10 centavos; en ese entonces, la instalación de un teléfono tardaba años, así que don Luis daba el número de la tienda y si tenía una llamada, debía ir corriendo para que no se desesperara el cliente.

Luis Díaz salió de atrás del mostrador junto con su hermanito Federico, todo descolorido, para hablar a la casa del Vejigo después de escuchar que don Luis le había hablado para pedirle que les informara qué estaba pasando en la tienda de don Marcos. En cuanto le contestaron, les dijo que ya podían

regresar porque el papá del Alpiste había resuelto el problema con la policía y no se había llevado a nadie.

Al rato, ya estaban de regreso todos juntos y felices de la vida, platicando entre ellos su aventura; cada uno indicaba hacia dónde esconderse mejor y pasado el susto, el Pibe se acordó de que el Che los salvó y como no lo veían por ningún lado, le fueron a chiflar a su casa para que saliera a comerse una torta de las que preparaba Teresita. Aunque él siempre se iba a trabajar temprano, de todos modos salió de su vivienda, que estaba a un lado de la casa de Calderón 42, pero nada más aceptó tomarse una Lulú y unas pepitas, de las que doña Del-finita ya tenía listas en su comal.

Arreglado el asunto, don Luis se regresó para despachar a los militares que lo esperaban en la puerta mientras platicaban con el Cacahuete; pero en ese tramo se topó con el contador Muñoz y con doña Margarita, que ya iban apresurados para ver qué pasaba con sus hijos. Y es que una muchachita que vivía en la otra vecindad, al lado de la casa de los Vargas, fue a avisarles muy espantada que la policía se quería llevar a todos esos muchachos que eran sus amigos. Don Luis ya ni alcanzó a decirles nada, pero levantó su mano derecha y con el dedo pulgar arriba les dio a entender que el problema estaba resuelto.

Estaban en ésas, cuando Humberto y Raúl se les aparecieron. Doña Margarita, que era viuda desde hacía muchos años, traía en la mano un cinturón doblado a la mitad y nada más vio a su hijo, lo agarró del pescuezo y se lo llevó hacia su casa, dándole tremendos cinturonzos a la vez que le decía:

—Mientras yo pienso que estás con el maestro Montes ayudándole a reparar calzado, tú te sales de su taller y te pones a jugar con esta bola de haraganes; además, como siempre, te echas tus cervezas, para que José Luis y Ernesto te vean de borracho y aprendan la lección.

El contador Muñoz, al enterarse, se salió de la Cove para ir a ver qué pasaba, pero cuando notó que la policía ya se había ido, le preguntó a don Marcos si su hijo le debía algo o si necesitaba que le ayudaran con dinero, porque pensaba que les había tenido que dar mordida. Él le contestó que no era nada y le platicó lo de don Luis y que, además, como afuera de la sastrería estaban unos militares que veían hacia la tienda en ese momento, eso ayudó para que los policías dejaran en paz a los muchachos.

A Humberto su papá ya ni le dijo nada; al contrario, en buena onda invitó a todos los chamacos a su casa para que vieran el partido del Poli Guinda contra los Pumas, que estaba por empezar. Y como la mayoría aceptó, le pidió al Pollo ir a Tacubaya, al puesto de su papá, para que le enviara un pedido de taquitos surtidos de ojo, cachete, sesos y lengua con bastante salsa. Ya nada más les dijo a los muchachos que le avisaran a don Marcos que se traerían sus refrescos con todo y casco, y que al otro día él se los regresaría. Ahí terminó aquel juego de la palomilla esa tarde de 1956, según nos contó el Alpiste, quien observó toda la acción desde la ventana de la sastrería.

Ese momento y muchos otros más son parte de las historias que nos hacen recordar cómo se vivía en la colonia. Por lo mismo, aunque el Álex se puso medio triste al recordar la

muerte de su tío, la verdad es que nadie que haya vivido en la zona se repuso tan fácil por la muerte prematura de ese gran amigo de la infancia.

Cuando fueron al velorio de Federico, casi todos esos muchachos ya eran señores casados y con hijos, aunque no se veían desde hacía varios años; pero en cuanto se enteraron, llegaron para darle el último adiós no sólo a él sino también a sus recuerdos de infancia y juventud, cuando no tenían nada más que su calle, su barrio, su balón y sus amigos, con los que armaban equipos para ver quién era el mejor.

De regreso con lo del Álex, éste ya tenía rato de haberse retirado de la taquería Beatriz, y eran sus hermanos quienes se hacían cargo de todo lo relacionado con ese negocio y ahora, de vez en cuando, acompañaba a las primas Loren y Adriana a la Balbuena, a las plazas comerciales, porque se las conocía como la palma de su mano y en eso de las marcas de ropa seguía siendo un experto. Se conocía todas las franquicias de moda y eso a ellas les encantaba porque, cuando vivía el tío Martín, las llevaba de compras; él siempre fue el más prendidito de la familia, por aquello de que fue maestro de ballet en Bellas Artes y a veces hasta salía en la tele.

Luego de escuchar lo que le planteó el Vicos, contestó que ya no quería meterse en complicaciones, que con lo que le caía de sus pensiones y otra lanita que tenía por ahí guardada le alcanzaba muy bien para llevársela a toda madre; pero de cualquier manera le pasaría sus contactos de la Central de Abastos, aunque no sabía si seguían con sus negocios y si los

encontraba, seguro que alguno le ayudaría a conseguir buenos precios, calidad y transportistas que llevaran la mercancía y se la acomodaran bien en la bodega.

Luego se acordó de que su primo, el Gimmy, le dijo hacía poco que quería poner otro negocio en Cuernavaca, donde vive desde hace treinta años; de inmediato el Alpiste, que es su hermano mayor, asintió con un movimiento positivo de cabeza, pues sabía que eso sí podría interesarle a su hermanito, sobre todo porque se trataba de un negocio que conocía bien: por mucho tiempo tuvo cocinas económicas en varios rumbos y a él siempre le había gustado ganarse una lanita extra donde encontraba oportunidad. Y como el Vicos tronó los dedos de su mano derecha, como diciendo “ya la hice”, en ese mismo momento le pidió al Álex que le llamara para ver si se animaba.

El Álex buscó su celular entre sus bolsas y se dio cuenta de que no lo traía; entonces, el Alpiste sacó el suyo y le marcó. Después de cuatro timbradas contestó el Gimmy, y como sabía quién le estaba marcando, sin más respondió:

—¿Qué onda, hermanito?, ¿dónde estás?, ¿qué se te ofrece?

—Estamos acá en la casa de Vianney, con el Vicos; lo que pasa es que te quiere proponer un negocio y me pregunta cuándo te toca venir a la ciudad, para platicar un rato contigo.

—Yó voy todos los jueves con el Charly, para hacer cuentas sobre el negocio de los muebles que tenemos en sociedad; pero si puede, después de la una de la tarde me desocupo y

podemos vernos en alguna buena cantina por Mixcoac, porque para esa hora ya me ando quebrando de hambre.

Como tenía abierta la bocina, el Alpiste nada más volteó a ver al Vicos, quien abrió las palmas de sus manos y movió la cabeza en un gesto afirmativo. Simultáneamente, el Álex expiró, como diciendo “ya resolví tu bronca”; pero de todos modos le dijo que, si quería, él lo acompañaba para ver que no era tan ojéis.

CAPÍTULO V

La sombra del Mesías

Querido Sancho: Compruebo con pesar, cómo los palacios son ocupados por gañanes y las chozas por sabios. Nunca fui defensor de los reyes, pero peores son los que engañan al pueblo con trucos y mentiras, prometiendo lo que saben que nunca les darán. País este, amado Sancho, que destrona reyes y corona piratas, pensando que el oro del rey será repartido entre el pueblo, sin saber que los piratas solo reparten entre piratas.

Miguel de Cervantes (1605).

MÁS ALLÁ DE LOS RECUERDOS DE LA INFANCIA del Alpiste, sus primos pensaban en el estilo personal de gobernar de algunos presidentes anteriores, porque al comparar lo que hacían, comprendían por qué tenemos el sistema político actual. A pesar de no ser universitarios, se entusiasmaron mucho cuando empezó el movimiento del 68 y al enterarse de la matanza en Tlatelolco durante el noticiero de Zabludovski, eso sí que les caló, no solo a ellos sino a toda la pandilla, ya que varios iban a la prepa y fueron a esa manifestación.

Dos años más adelante empezaron a escuchar el lema de “Arriba y adelante”, con el que Luis Echeverría ganó las elecciones para la Presidencia. Estaban seguros de que al menos Díaz Ordaz quedaría relegado de cualquier influencia dentro

del nuevo gobierno —y de hecho así fue—, por lo que dejaría de ser tan represivo. Aunque todavía supieron lo del 10 de junio de 1971, para ellos el responsable resultó ser Alfonso Martínez Domínguez.

Más adelante, les cayó súper bien José López Portillo por aquello de que montaba a caballo de manera muy varonil y se jaló a Rosa Luz Alegría a su gabinete. Luego hasta tuvo la valentía de nacionalizar la banca. Fue tan claro el papel que jugaba desde la Presidencia de un gobierno revolucionario, que, para la siguiente sucesión dijo que él era “el fiel de la balanza”. Por eso los primos piensan ahora que el Mesías llegó al poder, apoyado por el pueblo, para impulsar su 4T y así recuperar lo perdido durante los años del neoliberalismo que impulsó Carlos Salinas y fortaleció Vicente Fox.

Mientras escuchaba la plática del Alpiste con sus primos, me di cuenta de que tenían claridad de las estrategias que desarrollaba el PRI en sus buenos años, para lograr triunfos de “carro completo” y así funcionar como una “dictadura perfecta”. Por el estilo personal del Mesías, están conscientes de que su gobierno puede funcionar parecido con el apoyo del pueblo, pero bajo las reglas que ahora impone la democracia después de tantos años de lucha.

Ellos saben que las mismas reformas de López Portillo abrieron la puerta de la participación a los partidos de oposición, lo cual hizo posible la alternancia; por eso, Fox llegó a la Presidencia en 2000.

El problema era que los presidentes se extralimitaban con lujos y autos elegantísimos, que eran custodiados por motoci-

clistas a los que seguido veían cruzar por Parque Lira. En el aeropuerto tenían un hangar con aviones, helicópteros y pilotos de la Fuerza Aérea que los esperaban de manera permanente o de tiempo completo para llevarlos a sus giras. Ahora sólo está el avión que compró Felipe Calderón, al que el Mesías no quiere subirse por considerarlo un lujo excesivo.

Ellos saben que con su triunfo de 2018 y sus dotes de líder carismático, en su tercer año como mandatario consolidará la 4T con un gobierno cercano al pueblo. Están conscientes de que las políticas neoliberales dejaron a la gente más pobre, con pocos estudios y muy creyente, y por lo mismo está esperanzada de que él cumpla sus promesas para resolver los graves problemas del país. Por eso, los primos decían que era muy importante que su partido ganara las elecciones intermedias, para consolidar su gobierno y que el Milla siguiera al frente del Programa de los Comedores Populares.

Entre ellos explicaban por qué sus contrincantes perdieron en la colonia Observatorio y por qué podría volver a suceder; en la oposición no ven un líder carismático de la talla de su Mesías.

Para ellos, la sombra del Mesías emula a los presidentes que calaron fuerte en la historia de México. Lo comparan con Álvaro Obregón, caudillo revolucionario que sentó las bases para el desarrollo del país cuando lo gobernó; igualmente, con Juárez, quien de ser perseguido por Maximiliano de Habsburgo para que fuese fusilado, derrotó al europeo y consolidó sus Leyes de Reforma. Al menos eso les enseñaron sus maestras en la escuela Defensores de la República. Por eso, cuando

decidió ir a vivir al Palacio Nacional, estuvieron totalmente de acuerdo junto con el Milla, porque dicen que Los Pinos era un lujo innecesario para un presidente tan sencillo y honesto como él.



Benito Juárez, Porfirio Díaz, Lázaro Cárdenas
y el Mesías han sido masones.

El Mesías constantemente resalta las giras que hizo el general Lázaro Cárdenas, para entregar tierras a los campesinos y armas para que las defendieran de los caciques, que contaban con el apoyo de una Iglesia rica y reaccionaria. Aun así, algunas vecinas, como esa que vive a la vuelta y que anda en la onda pentecostal, ha dicho que: “él es como una creencia; nosotras pedimos en la iglesia para él. Yo, que soy católica, también quiero que siempre gane”.

Basados en todo eso, los primos piensan que, al igual que el general Cárdenas usaba un estandarte con la Virgen María, el Mesías se encomienda con los santos para que lo cuiden, a él y al pueblo, de los corruptos, los conservadores, los neoliberales y hasta del COVID-19; por eso no usa cubrebocas, porque: “él es una fuerza moral, que no puede infectar ni infectarse”.

Parecería que esos usos y costumbres se habían quedado en el pasado; pero según los primos —que siempre han estado pendientes de cómo se vive la política en la colonia—, nunca se recibió ningún beneficio, desde que Ruiz Cortines mandó pavimentar las calles, hasta ahora que el Milla los está invitando al Programa de los Comedores Populares.

Ellos saben que el Mesías estudió en la UNAM y que fue presidente del PRI en su tierra, cuando el director de la Facultad de Ciencias Políticas, Enrique González Pedrero, ganó la gubernatura de Tabasco. Luego, al enterarse de que Cuauh-témoc Cárdenas renunció, se sumó a éste para fundar el PRD. Desde ese momento se identificaron con él porque ya estaban hasta la madre del PRI, y al saber que Fox metió la mano en las elecciones de 2006 para evitar que el Mesías le ganara a Felipe Calderón, lo que más les gustó fue que calificara a Fox de *chachalaca*.

Les encanta que separe a los mexicanos en fifís y chairros; no lo toman como algo malo, sino todo lo contrario, porque siempre les han caído gordos los de Polanco y las Lomas. Piensan que por algo ganó las elecciones con tanto margen y por

eso están de acuerdo en que sólo al centralizar el poder en su persona será posible consolidar la 4T.

Al final de la plática, los primos trataron de hacerle ver al Alpiste que México nunca será como Cuba, Venezuela o Bolivia, porque nuestro país hizo su revolución hace más de cien años y el Mesías lo único que está haciendo es evitar que el neoliberalismo acabe con todos los logros alcanzados gracias a Madero, Obregón y Cárdenas.

El Alpiste y la Comuna Benito Juárez

Cuando pienso en los viejos amigos que se han ido de mi vida. Cuando pienso en los viejos amigos que se fueron al país de la muerte. Cuando pienso en los viejos amigos que, en el fondo del mar de la memoria, recuerdo que algún día me ofrecieron la extraña sensación de no sentirme solo y la complicidad de una franca sonrisa.

Luis Alberto de la Cuenca (2012).

CUANDO EL ALPISTE LLEGÓ A VIVIR A LA CERRADA, pensé que era estudiante. Sin embargo, al tener contacto con él, supe que a donde se iba temprano en las mañanas era al otro lado de la colonia, porque la sastrería de su papá se quedó allá mientras terminaban algunos detalles. En su nueva casa iba a estar el taller con todo y su despacho. A pesar de eso, no lo veía tan cerrado, quizás porque tenía la experiencia de atender clientes, que en su mayoría eran pilotos de la Fuerza Aérea Mexicana y de las compañías privadas de aviación.

En ese momento yo estudiaba en la secundaria de Cuajimalpa, junto con el Beso; Mario Serrano, nuestro cuate de la vecindad, iba a la prevocacional de Carlos B. Zetina; los demás chavitos estaban en las primarias cercanas, salvo Manuelito y su hermana Lulú, que asistían a la Luis Vives; los más grandes iban a la UNAM y al Poli, y los más jodidos tenían que trabajar

para ayudar en su casa con el gasto. Carlos y Memo Estañol no quisieron estudiar, pero en cuanto llegó la sastrería a la cerrada y conocieron al Alpiste, se metieron a trabajar con su papá.

Todos los días, el Beso y yo nos íbamos tempranito a la esquina para tomar la ruta Palmas Kilómetro 13. Nos bajábamos en el cruce con Constituyentes y esperábamos el Cua-jimalpa. En aquella escuela nos la pasábamos a toda madre, porque en ese entonces era como llegar a un pueblito. Todavía existían granjas donde se cultivaban hortalizas o maíz, y se criaban animales de campo. Incluso, a dos cuadras de la escuela había una pulquería donde los de tercero nos íbamos a la hora de la salida y nos echábamos un tarrito de aguamiel con sopes rellenos de requesón, que a esa hora nos sabían a gloria.

Ya para el medio día, veníamos de bajada bien chapeados y al llegar al callejón, cada quien se metía a su casa a dormir un rato, porque dizque estábamos muy cansados. Entonces me di cuenta de que el Alpiste siempre estaba en la ventana de la sastrería, sentado tras una mesa alta echando puntadas, pero siempre atento a ver quién pasaba, y en cuanto me veía, aunque todavía no nos conocíamos, me echaba un “quihubo” en señal de saludo amistoso.

Como Memo ya se había hecho su cuate, nos lo fue acercando en las nohecitas, cuando cerraban la sastrería. Nos veíamos en el fondo, por donde estaban los arriates de los pinos de la casa del capitán Corona. En aquel entonces se juntaban con nosotros varios cuates de otros rumbos: el Cuñado venía de la América, Juan Culin de Barranquilla, el Chacho de

Martí, Ramón y Esteban de la Cove y así hasta llegar a cerca de treinta, que nos organizábamos los domingos para ir a la matiné del Ermita. Todos en el callejón se sentían como en su casa; cuando había alguna bailadita, ellos se metían hasta la cocina de nuestras casas, para pegarle duro a los sándwiches al lado de las chavas que los preparaban con lo que les lleváramos de cooperacha, ya fuera queso de puerco, jamón o atún, pero eso sí, con chilitos en vinagre que preparaba doña Paulita.

Ése era el ambiente que sigue extrañando el Alpiste, porque al igual que los demás, cuando llegó a la cerrada fue aceptado sin problema por todos nosotros; incluso era bien visto por nuestras mamás, que lo trataban como si fuera de la familia. Algo que le facilitó ser bien recibido fue que algunas de las muchachas andaban voladas por él, por el simple hecho de ser nuevo, buena onda, platicador y estar estrenando casa en la cerrada; además, las chavas ya se habían hecho amigas de su hermana Olga y su prima Lupe, que vivía con ellos desde que cumplió 15 años.

Luego de algún tiempo, dejó de andar tan pegado con Memo y se empezó a juntar más con Carlos, quien lo acercó con su primo Fito, el que estudiaba Medicina; en torno a él, que era el más grande, se juntaba toda la bola porque yendo a la Universidad se enteraba de lo que pasaba en el Estadio, donde entrenaban los Pumas. Como era novio de Geña, la hermana del Beso, el Alpiste pronto amplió su grupo de amigos, empezando por el mismo Beso y siguiendo con Mario, el de la vecindad conocida como “las Catacumbias” por los bailes que organizábamos con el cuadrafónico del chavo.

En 1964, cuando se inauguró la prepa 4, al Beso y a mí nos trasladaron del plantel que estaba en Puente de Alvarado y acá la terminamos. Ese año me tocó con un grupo en el que me hice amigo de varios compañeros; al paso del año, nos juntábamos seis de ellos en mi casa para estudiar, porque los exámenes mensuales estaban muy perros; para las materias más difíciles, los profesores no nos dejaban copiar. De esas convivencias surgió la costumbre de ir a tomar café a la Vaca Negra de la Hipódromo Condesa, al Súper Leche de San Juan de Letrán, al Vips de Chilpancingo o al Sanborns de Reforma, frente a la CFE.

Ya casi para terminar el año, fue tal la amistad que se forjó entre nosotros, que la mayoría solicitó su ingreso a la Facultad de Economía; otros pocos nos fuimos a Ciencias Políticas. Para celebrar nuestro pase a la Universidad, organizamos una fiesta de salón en el hotel del Prado, a la que invitamos a varios profesores y desde luego a nuestras familias; la cosa se puso tan formal que me obligaron a dar el discurso de despedida, lo que provocó muchas burlas por los gazapos que cometí.

Para cerrar con broche de oro nuestra conclusión de estudios de preparatoria y haber sido aceptados por pase automático a la Universidad, juntamos nuestros ahorros para viajar y conocer los estados de Michoacán, Jalisco, Guanajuato y Querétaro, con la supuesta finalidad académica de compenetrarnos en la problemática del país.

La cuestión era que nadie tenía coche, así que tendríamos que irnos en camión y eso sería más tardado y costoso. Pero una noche, mientras le platicaba al Beso de nuestro proyecto

allí en los pinos, el Alpiste escuchó y me dijo en corto que, si aceptábamos, le pediría a su papá que le prestara el coche que usaba para entregar los trajes y uniformes, o cobrar los abonos cada quincena por diferentes rumbos de la ciudad, porque los vendía fiados.

Hablé con mis cuates de la prepa y todos estuvieron de acuerdo, porque el Alpiste pidió que sólo cooperaran para la gas. Para ese momento, el pequeño grupo de amigos había adoptado el nombre de la Comuna Benito Juárez de puro relajó, y en un acto de fraternidad nos empezamos a hablar de *compadre*. Así de mamona se puso la cosa en ese grupo, que se ha mantenido unido hasta la fecha. Todavía hoy, de vez en cuando, nos reunimos los sobrevivientes y hasta el Alpiste se junta con nosotros para recordar las aventuras de los viajes que hicimos en aquella época.

Entonces, una mañana de noviembre de 1964, llegaron al callejón mis cuatro amigos de la Comuna Benito Juárez y el Alpiste, muy puntual, ya nos esperaba mientras revisaba el aceite y el aire de las llantas del Ford 200 en el que nos iríamos. Cada quien traía una pequeña maleta con su ropa; Trejo, el más jodido, guardó sus cosas en una bolsa de plástico.

El Alpiste estaba bien emocionado porque iba a convivir con mis amigos, los admiraba y los veía como muy sabihondos. Le interesaba todo lo relacionado con la prepa, ya que vivía enfrente y siempre saludaba a los chamacos que llegaban temprano a estacionar sus coches y atravesar la avenida para ir a tomar clases.

Como él no estudiaba, sentía que, si se hacía amigo de ellos, poco a poco aprendería algo de lo que se perdió por no ir a la secundaria. Además, pensaba que, saliendo ocasionalmente con ellos, podría ligarse a alguna de sus amigas de la prepa; pero eso nunca pasó, aunque anduviera rayando llanta con el coche de su papá, como lo hacían algunos estudiantes que organizaban arrancones sobre la avenida Observatorio.

En realidad, el Alpiste tuvo mucha suerte con la niña del vestido de bolitas, esa que, a sus 14 años, aceptaron en la prepa pero en el turno nocturno. Éste se la agarró muy tiernita una noche, en que la vio medio espantada afuera de la nevería mientras esperaba su camión para regresar a su casa, que estaba hasta la Nueva Santamaría. Salvo ella, ninguna otra le hizo caso porque, la verdad, era muy rústico en sus pláticas. Cuando se subían a su coche con algunos de los cuates de la prepa, se la pasaba contándoles de sus veladas en la sastrería, de sus radionovelas favoritas como el *Ojo de Vidrio* y de sus cuates el Alma Grande, el Chivero, el Chino y el Vejigo, que le enseñaron algo del oficio de sastre.

Bueno, pues aquel viaje con los de la Comuna Benito Juárez se planeó muy bien, así que, para las ocho de la mañana, ya estábamos todos acomodaditos en nuestros asientos. Ya casi a punto de arrancar, salió don Luis para decirle al Alpiste:

—Ve checando el agua del radiador por lo menos cada cien kilómetros. Para eso llévate este garrafón, que ya va lleno; pero no vayas a abrir el tapón cuando el motor esté caliente, porque puede quemar a alguno de estos cabrones y me los van a querer cobrar sus papás. También te recuerdo que las llantas tienen

media vida y son recubiertas, así que no corras a más de 80, y bájale cuando tomes las curvas, sobre todo cuando llegues a Mil Cumbres, antes de Zitácuaro. Ese camino lo conozco muy bien, porque es el que siempre tomábamos cuando íbamos a Morelia para visitar a mi prima Cata.

Después de escuchar esa retahíla de sabias recomendaciones, el Alpiste le dio un beso en los nudillos y don Luis metió su mano derecha por la ventanilla, le frotó los cabellos del copete y se agachó para vernos cara a cara. Nos dijo:

—Vayan con Dios, muchachos; acá los espero completitos.

Entonces, el Alpiste pisó el clutch, metió primera y se arrancó lentamente hacia la esquina; luego se enfiló arriba y empezó nuestro viaje. En el kilómetro 13 empezaba la peligrosa carretera que nos llevaba a Toluca, pasando por Cuajimalpa, y un poco más adelante estaba la Venta. Nos seguimos tendidos sin parar en la Marquesa, donde vendían unas quesadillas bien ricas, porque su papá le recomendó almorzar en el mercado de Zitácuaro, con la marchanta que vendía un pan muy rico al que llamaban “mamón”.

Lo cierto es que cuando llegamos a aquel pueblo, ese pan era una especie de panqué desabrido y para comértelo, a fuerza lo tenías que acompañar con un champurrado, porque era tan poroso que casi te ahogabas al masticarlo; lo bueno fue que sólo Trejo le hizo caso al Alpiste, porque era quien menos lana llevaba y ese pan era llenador y muy barato. Después de eso, fuimos al puesto de la barbacoa y los guisados; Borrego y Maldonado pidieron un plato de chicharrón de puerco en chile verde con frijoles refritos; el Alpiste y Solano quisieron carne

de puerco en pipián y un cafecito de olla; Trejo aseguró que ya no tenía el hambre y mejor se tomó un café de olla.

Bien comidos, tomamos el coche y nos enfilamos hacia Morelia. El Alpiste eructaba con tal fuerza que Trejo dijo que no habían cocido bien el puerco y de seguro se lo había comido vivo; por eso, cuando vio un paraje muy frondoso como a la mitad del camino, se hizo a un lado a fin de buscar el mejor lugar para regresarlo a la naturaleza.

Concentrado en su objetivo, Solano se acercó con sigilo sin que el Alpiste se diera cuenta y le sacó una foto por la espalda. De esa foto no se supo nada hasta que regresamos y llevamos el rollo a revelar. Cuando la anduvimos enseñando en la prepa, se veía semejante depósito de nutrientes y un pobre perro de alguna de las rancherías cercanas, listo para probar aquel guisado doblemente cocinado; pero de paso, se veía el tremendo culo chapeado del Alpiste. Para rematar la broma, a mí me pidieron enseñarla por el callejón; la sorpresa fue cuando varias de las chicas estaban viendo la foto y una de ellas dijo espontáneamente: “ésas son las nalgas del Alpiste”.

En la plaza central de Morelia, empezamos con la búsqueda de un hotel que no fuera muy caro. La pena para todos era que Trejo, con su peculiar personalidad, entraba a la recepción de los hoteles con su bolsa de plástico en la mano, preguntando si había hospedaje y cuánto costaba; los encargados sólo se le quedaban viendo a su bolsita, como diciendo: “¿Traeré dinero este güey?”

Bueno, pues ése fue otro de los detalles chistosos del viaje, pero a la vez una de las formas en que fuimos entrando en con-

fianza. La verdad es que Trejo era uno de los compañeros más modestos de la clase, pero siempre destacó por su participación a la hora de que el profesor preguntaba algo; era tal su deseo de ser protagonista, que a mí alguna vez me retó: “¿Cuánto vas a que levanto la mano?”

Al final, nos pudimos hospedar en un hotel que tenía un cuarto grande con tres camas dobles y para Trejo fue excelente, porque nos dijo que, con tal de no cooperar, él se quedaría en el suelo. Parecía que así pasaríamos esa primera noche juntos, en aquella habitación que estaba en un tercer piso, desde donde se veía la catedral y el jardín central. Antes de ir a dormirnos, bajamos para merendar en el mercado que estaba a la vuelta; el papá del Alpieste, que era de Michoacán, le había recomendado que nos llevara a comer uchepos, unos tamales típicos rellenos de pescado blanco, acompañados de un atole sin azúcar; esa cena nos pareció deliciosa.

Luego caminamos durante media hora por los alrededores del centro histórico, que lucía con hermosos edificios coloniales y portones de parota, una madera muy dura que se cultiva en los bosques michoacanos. En ese tiempo, una buena cantidad de muebles y artesanías eran los productos de exportación más comunes.

Antes de irnos al hotel, entramos en uno de los tantos puestos de dulces típicos a ver qué comprábamos para regalar a nuestras novias o nuestros familiares; concluida la negociación, todavía nos sentamos en una de las bancas del parque para comernos unas pepitorias de colores.

Allí vimos cómo se paseaban las muchachas, dándole vueltas a la alameda, en espera de que los jóvenes les echaran un piropo para tener el pretexto de guiñarles el ojo con un pestañazo; pero mis cuates, más allá de tener ganas de una aventurilla, a la mera hora le sacaron a que se armara una bronca por ser chilangos.

Al poco rato, mejor emprendimos el camino hacia el hotel. Ya en nuestra suite, nos repartimos nuestras camas, pero al ver cómo Trejo se hacía bolita con un cobertor que sacó del armario, el Alpieste le dijo a Solano que se hiciera a un ladito para darle chance. Y apenas le hicieron la propuesta de subirse, no lo pensó dos veces, de inmediato levantó su cobija y el cojín, y de un brinco ya estaba en medio de los dos. Eso sí, durante toda la noche se mantuvo calladito, pero apenas se empezaron a oír los graznidos de la urracas del parque y luego, luego que se levanta y a sabiendas de que el bóiler era pequeño, el muy cabrón que nos gana el agua caliente.

A las 10 de la mañana, el plan era buscar dónde desayunar y para variar, nos teníamos que ajustar al reducido presupuesto de Trejo o dispararle el desayuno porque siempre tenía pretexto para no gastar. Entonces fuimos a parar otra vez al mercado, aunque como la ciudad era muy turística, pues los marchantes abusaban con los precios; lo bueno fue que el Trejo compró dos bolillos en un puesto y en el lugar donde pedimos nuestro desayuno, ordenó un atolito y un plato de frijoles a los que les echó la salsa de jitomate que estaba en un molcajete, en el centro de la mesa, y ése fue su desayuno. Luego nos fuimos hacia Pátzcuaro y todos queríamos entrar a la Casa de

los 7 Patios, pero la pregunta de Trejo siempre fue la misma: “¿cobrarán?”

Según el Alpiste, en ese pueblo tenía unas primas y si pasábamos a saludarlas, a la mejor la tía Cata nos ofrecería alguna botanita; entonces nos encarrilamos rumbo a las pirámides de Tzintzuntzan y, poco antes de llegar a la iglesia, entramos por una calle sin pavimento que nos llevó a la casa de la tía. Como era domingo, allí estaban el tío Manuel, la tía Cata y las dos primas con un niño que habían adoptado y que luego estudió y se hizo importante en el gobierno de Morelia. Por ser provincianas y estar su papá en la casa, no las dejaron ni saludar ni platicar con la bola de vagos con los que llegó el sobrino Alpiste; pero a la tía Cata le dio mucho gusto verlo.



Lago de Pátzcuaro.

En realidad no nos fue tan mal; a la tía se le ocurrió preguntarnos si no queríamos tantita chicha que el tío Manuel había preparado desde hacía varios días, y como la tenía en una olla de barro, estaba bien fresca. También nos ofreció un par de gorditas rellenas de chicharrón prensado, que ella misma había preparado con su propia masa, pues más tarde recibiría a varios amigos de la empresa donde trabajaba el tío.

Durante el atragante pavoroso de mis cuates, incluido desde luego el Trejo, la tía Cata le preguntó al Alpiste que de dónde había sacado a esos amiguitos tan preparados y bien portados. Él le platicó que desde hace dos años había una preparatoria enfrente de su casa y que todos ellos eran compañeros míos y estaban festejando su aceptación para entrar a la Universidad. Ella volteó a vernos y dijo:

—¡Qué bueno por ustedes, muchachos!

El tío Manuel se apartó con sus hijas, que por cierto eran más grandes que mis cuates, así que tampoco nos llamó mucho la atención platicar con ellas. Más bien, ya estaban, como se decía, en edad casadera.

Estábamos bien entrados en el deleite de la chicha, que es una especie de tepache, pero mucho más rica, cuando las visitas esperadas tocaron la puerta, así que la tía Cata, sin ninguna pena, le dijo al Alpiste:

—Bueno, m'ijo, salúdame mucho a tu papá y dile que esperamos ir a visitarlo este fin de año.

Por lo pronto, muy chistosa, volteó a vernos y nos dijo:

—Andando y miando pa' no hacer charco.

El Alpiste se levantó, le dio un beso y todos salimos tras él; sólo Trejo se acercó a la tía, le dio las gracias y también le plantó su beso.

Como íbamos de paso, ya nada más subimos a la pirámide desde donde se ve el lago de Pátzcuaro. Luego agarramos rumbo a Quiroga, porque la tía Cata nos dijo que allí se comían los tacos de carnitas más ricos de todo México, y si seguíamos por la izquierda saldríamos a Uruapan; pero que de paso no dejásemos de conocer la Tzararacua, una cascada hermosísima. Eso fue lo que hicimos. Al llegar al puesto de carnitas, para variar, el Trejo mejor se fue a investigar dónde estaba la carretera que tomaríamos.



La cascada Tzararacua, cerca de Uruapan, Michoacán.

La verdad, ir a esas cascadas fue maravilloso. Dejamos el coche y tuvimos que bajar a pie como un kilómetro entre

arbustos muy espesos. Desde lejos se escuchaba la caída de agua y conforme nos fuimos acercando, el cabello y la cara se nos iban humedeciendo, al grado de que al rato ya estábamos empapados. De repente, al dar una vuelta, apareció el imponente paisaje. Estuvimos como una media hora nada más admirando la enorme cascada, junto con otras personas que se animaron a bajar hasta ese punto. Aquello era un paraíso.

De camino a Uruapan, el Alpiste nos sugirió dormir en un hotelito muy sencillo que vio de paso por Pito Real, un pueblito cercano a Uruapan. Con sólo oír el puro nombrecito, todos soltamos la carcajada; pero más allá del cotorreo que nos trajimos con eso por varios años, nos animamos a hospedarnos en ese lugar porque los cuartos estaban muy baratos.

Al otro día, temprano, llegamos a Uruapan y nos recomendaron conocer un parque muy famoso en la barranca de Cupatitzio. Nos gustó mucho y estuvimos allí como hasta las tres de la tarde. Después comimos en una fonda típica, donde nos sirvieron unos platillos muy ricos. A las cuatro agarramos el coche y salimos hacia Guadalajara; el pobre Alpiste ya iba bien cansado de tanto manejar, pero Solano se ofreció a ayudarlo.

Ya en Guadalajara, alcanzamos a entrar a la universidad y estuvimos platicando con algunos estudiantes. Ellos andaban en otra onda, totalmente distinta de la que traíamos en la prepa; nos platicaron del papel tan importante que jugaba la Iglesia para ayudar a la gente pobre y de cómo los organiza-

ban para alfabetizar campesinos. Al rato nos fuimos a buscar un hotelito por el rumbo de Tecatitlán, donde nos la pasamos oyendo mariachis.

Al medio día del día siguiente, almorzamos y salimos hacia Guanajuato, Salamanca y Querétaro. Ya que para el viernes deberíamos estarnos enfilando hacia México, no sin antes detenernos en Tequisquiapan, lugar en donde hicimos nuestras últimas compras de artesanías de vara y mimbre que eran muy cotizadas en todo el mundo.

Regresamos el sábado como a las tres de la tarde y el papá del Alpiste ya nos esperaba afuera de su casa. Hacía como que regaba la calle, pero en realidad estaba preocupado por su muchacho, pues era la primera vez que lo dejaba salir a carretera y con una bola de gañanes como nosotros, que quién sabe cómo nos habríamos portado. El Alpiste ya se sentía compadre de todos y decía que le iba a pedir permiso a su papá para regresar a la escuela, porque le había gustado mucho hablar con nosotros sobre historia y geografía, a propósito de todos los lugares que visitamos.

En eso quedó el viaje de la Comuna Benito Juárez.

Gimmy, el Pequeño Saltamontes

Un sacerdote Shaolin puede atravesar las paredes; si lo buscan, nadie lo encuentra; si lo escuchan, nadie lo oye; si lo tocan, nadie lo palpa. Tu pisada debe ser corta, como si estuvieras pisando papel de arroz. Este papel de arroz es la prueba, frágil como las alas de la libélula. Cuando puedas correr su longitud sin dejar rastro, habrás aprendido.

Maestro Po en el Templo Shaolin

TODOS LOS MIÉRCOLES, UNA VEZ QUE CERRABA la sastrería, el papá del Alpiste se subía apresurado a encender su televisión a colores para ver en punto de las siete su programa favorito: *Kung fu*. Para esa hora, doña Elena ya le tenía preparada su toronja partida por la mitad, con los gajos entrecortados con gotas de miel de abeja, y se la ponía en una charola que colocaba enfrente de su sillón; el primero que se sentaba junto a él era el Gimmy, al que los cuates del callejón apodaban Kwai Chang Kein. Del otro lado de la salita, se sentaba el Alpiste.

A todos les encantaba esa serie. Debido a eso, por la misma época surgieron escuelas de karate por todas partes y, además, empezaron a organizarse los primeros torneos de karate en el gimnasio Olímpico, a un lado de la alberca Olímpica, donde el Tibio Muñoz se ganó la medalla de oro.



El maestro Po y Kwai Chang Kein.

No pasaron muchas semanas para que el Gimmy convenciera a su papá de inscribirlo en una escuela de karate que estaba en la colonia Nápoles, muy cerca de los helados Chian-doni. De por sí, ese chamaco jugaba en un equipo de fútbol americano, que entrenaba en unos campos de la colonia Cove y era dirigido por Chucho, un jugador del Poli Blanco; lo apoyaba el grupo Treinta-Treinta, presidido en ese entonces por Max Magaña, vecino del callejón, quien también financió los instrumentos musicales para que César, Juan y Manuel formaran su grupo de rock.

Chucho era un muchacho enorme que se traía a los chamacos en chinga; apenas salían de sus escuelas y a las dos de la tarde empezaba el entrenamiento, con unos tragos de agua de limón que llevaba doña Rosa Estañol, la mamá de Luisito

Magaña. Primero los ponía a dar vueltas por todo el campo hasta verlos con la lengua de fuera; luego, a hacer lagartijas hasta que se quedaran tirados en el pasto. Para empezar, con lo que realmente los forjaba como golpeadores en la línea de *sgrimich*, les mandaba ponerse sus uniformes de fútbol americano, que en verdad eran unas babuchas ya todas desvencijadas, las cuales les habían donado equipos de escuelas particulares. Por eso Max, que sabía que el Alpiste se dedicaba a la sastrería, le pidió que los reparara como pudiera.

Luego de eso, venía lo bueno. Había que chocar unos contra los otros bajo las técnicas de tacleo que Chucho les enseñaba para que no fueran a lastimarse. Aun así, a algunos de los chamacos, entre ellos el Gimmy, lo que más les gustaba era demostrar su capacidad de golpeo, y para eso se dejaban ir contra sus oponentes, a quienes rebotaban sobre las colchonetas. Con eso se ganaban la fama de ser los más fregones.

Chucho los ponía de ejemplo y siempre los escogía en la defensiva para la línea de *sgreemmage*, y en el equipo ofensivo para ir por pases de fondo. Por ser muy competitivo, Gimmy era de sus favoritos. Cuando se jugaban los partidos, el Alpiste y su papá nunca se los perdían; una vez, el señor ya casi se agarraba a trancazos con los padres del equipo contrario, pues se enojaron mucho porque el Gimmy hizo volar a uno de los jugadores contrarios. Eso enfureció tanto a los de la tribuna de al lado, que le empezaron a mentar la madre. Pero en realidad, aunque la jugada fue muy fuerte, técnicamente resultó limpia, así que les pidió calmarse y entender que este juego no era para señori-

tas; el Gimmy simplemente había ido a las pantorrillas, pero golpeando con las hombreras y, aunque levantó al niño por los aires, a éste no le pasó nada.



Gimmy en camino a su partido de americano.

Chucho les decía que tenían que entrenar muy fuerte porque en los torneos no se jugaba entre amigos, ahí todos iban a ver la manera de ganar y en muchas ocasiones pegaban sucio, metían el casco y se iban sobre las rodillas. El problema fue que el mismo entrenador, para demostrarles cómo se deberían dar ciertos golpes, agarraba uno de los costales llenos de arena y lo golpeaba con toda su fuerza. Pero un día en ya llevaban

tres horas entrenando, cayó fulminado por un infarto y allí mismo quedó muerto; eso fue fatal para todos ellos y para su familia, a quienes tuvo que avisarles el Gimmy.

Ya con 17 años, empezó a manejar un vochito que le compró su papá. La licencia se la consiguió un militar, que era cuate del jefe de la Policía del Distrito Federal. Un día, un camionero le empezó a dar de cerrones, porque había salido del callejón en reversa hecho la madre y casi chocaba con él. Lo alcanzó en el semáforo de Parque Lira, y viendo que era un chamaco baboso y medio enclenque, que se baja dizque para madreárselo. Cuando el Gimmy salió del coche, de una sola patada voladora lo dejó tendido en el suelo. Acto seguido, se fue de allí hecho la mocha.

Más adelante, convenció al Alpiste de que él también fuera a tomar clases de karate, aunque a él esas cosas como que le daban miedo. Sin embargo, al paso de unos meses, el dueño de la escuela los inscribió para que fueran a competir a un torneo. Bueno, pues el día de la competencia, don Luis los llevó y se subió a las tribunas. Cuando pasó el Alpiste, en su primer combate descalificaron a su oponente por tirar dos golpes a la cara y, aunque él cabeceó, se llevó un par de rozones que le hincharon uno de los pómulos. Para su segundo combate, el oponente lo agarró del *karategui*, así que de un par de *swokis* en las costillas que marcó el juez como buenos, el pobre Alpiste concluyó su participación.

Después de quitarse el *karategui*, medio tristón y apenado, se subió a la tribuna con su papá. Don Luis estaba súper ner-

vioso y le empezó a faltar el aire nada más de ver que el Gimmy ya llevaba tres combates ganados y sólo le faltaba uno para llegar a la final.

El Alpiste se lo llevó a caminar un poco por los pasillos y al rato, cuando lo vio calmado, regresaron para ver la final a la que el Gimmy había pasado. Pero su papá se volvió a poner muy nervioso, cuando vio que el retador de su hijo era como de 1.90 de estatura y tiraba unos *maruwashi geri* que le pasaban volando por arriba de la cabeza. Hasta mejor cerraba los ojos. Sin embargo, el chamaco los evitaba ágilmente con un movimiento de cuello y en seguida le metía *tsukis* al pecho y al estómago, que le fueron bajando la condición física a su oponente. De esta manera, para el segundo *kumite*, el largotón ya traía las patas arrastrando y fue cuando el Gimmy se lo despachó con tal *nidan geri* en la zona de flotación, que hasta a él mismo le dolieron los empeines de los pies.

Así fue como esa tarde, el Gimmy regresó al callejón como campeón de karate cinta marrón. Eso trajo por varios años apantallados a sus cuates y hasta los más bravucones y grandes de la colonia lo veían con mucho respeto; por eso mejor se lo granjeaban, invitándole una malteada en la nevería.

El Gimmy no dejaba de ir al otro lado de la colonia para ver a sus primos, quienes igual que él estaban por terminar la secundaria y entrar a la prepa 4; por eso conocía también a los muchachos que formaban la siguiente palomilla de Marina, Cueto y Calderón, con los que se echaba sus partiditos de lo que fuera. En Cueto ponían sus porterías y organizaban sus

retadoras a tres goles, sin tener que cuidarse de las patrullas, porque en ese entonces ya ni se metían a la colonia; así que se pasaban las tardes jugando como si fuera su patio.

El problema fue que con el tiempo, ya en los principios de los años setenta, de las colonias de más arriba empezaron a bajar grupos de Panchitos, que se revolían con estudiantes de la prepa. En realidad venían a conseguir o vender drogas, y de paso se iban a Cueto y Marina para darse sus toques porque, por ese lado, las calles habían sido cerradas desde que se construyó el Periférico. Así las cosas, una de tantas tardes, llegaron cuando él y sus primos estaban jugando, y como si fueran público, empezaron a quemar recargados en la jardinera de la casa del Chachi. Esto no le gustó a su mamá y, al salir a correrlos, estos cabrones que le faltan al respeto y de paso le echaron sus piropos a la Nena, la hijita menor de la familia, que en ese entonces era novia del Gimmy.

Se armó una bronca campal. Álex, Jorge, Chachi, Óscar, el Milla y otros empezaron a soltar madrazos. Pero uno de los Panchos vio que el Gimmy llevaba la delantera, porque ya había sentado a los primeros tres a base de karatazos, y entonces agarró una guitarra que traían y se la sorrajó en la cabeza; le abrió tremenda alcancía que de inmediato se le cubrió la cara de sangre. Para ese momento ya venían corriendo los refuerzos de Calderón, liderados por Melo Linares, un grandulón imponente ya entrado en años, y en un dos por tres los Panchos se echaron a correr hacia la vía del tren y desaparecieron en dirección a Bella Vista.

Cuando buscaron al Alpiste para que recogiera a su hermano y lo llevara con algún doctor, lo localizaron en Generales echando novio. Regresó con un Valiant, que le acababa de comprar su papá, y al darse cuenta de la situación se lo llevó a la Clínica la Prensa para que lo curaran. De regreso, la preocupación era qué le iba a decir a don Luis, quien les había dicho que por ningún motivo anduvieran presumiendo que eran muy sácale punta para los fregadazos con su karate.

Pasó el tiempo y su otro hermano, el Cacahuate, quien con 30 años estudiaba la secundaria, los invitó al Instituto Chapultepec, muy cerca de la Sabatina, para que participaran con un número de *kumite* en el programa que estaban organizando los estudiantes por ser cumpleaños del director.

Total, que el Alpiste y el Gimmy se entusiasmaron y pasaron algunos días preparándose con unas catas; hasta su mamá les lavó y planchó sus *karateguis* para que se vieran muy relucientes. El siguiente viernes, como a eso de las seis de la tarde, llegó el Cacahuate en su camioneta, se los trepó ya vestidos de karatecas y se enfilaron hacia la escuela.

En ese entonces, uno todavía podía estacionarse sobre una lateral que había en la avenida Tacubaya. Aún no se construía el Circuito Interior, así que se estacionó afuera del instituto y apenas bajaron, los estudiantes se sorprendieron de verlos. En esos tiempos, casi nadie practicaba karate y se tenía una imagen de que los karatecas eran infalibles.

El Cacahuate los llevó a uno de los salones para que estuvieran allí mientras les tocaba su número; mientras, ellos estuvieron practicando sus catas y cuando los llamó el maestro de

ceremonias, aparecieron en el escenario al centro del patio y ante cientos de espectadores, empezaron muy parsimoniosos su espectáculo.



El Alpiste recibiendo un *stoki a gueda* en plena cara.

El Alpiste fue quien explicó cada uno de los golpes que se realizan en karate y repitió de memoria todo lo que los maestros les habían enseñado sobre la filosofía del karate do, incluida la idea de que sólo debe utilizarse como defensa, pero no para agredir. Luego de esa primera fase de participación, anunció que seguiría un simulacro de *kumite*; es decir, una pelea con la técnica del karate. Y en eso estaban cuando, a la mitad del *round*, se le pasó una patada no programada al vientre del Gimmy y éste que se calienta. Entonces, con un giro espectacular, soltó un santo madrazo con el pie izquierdo a la jeta a su hermano

que éste se tambaleó y se fue al suelo con el hocico sangrando; sin embargo, haciéndose el muy fuerte, que se levanta y da por terminado el *kumite*. Se saludaron respetuosamente bajo el ritual del karate, como si no hubiera pasado nada entre ellos, y el público emocionado que suelta un estruendoso aplauso, el más prolongado de la tarde. Por supuesto que dejaron satisfecho y bien impresionado al director, quien años después fundó el Tecnológico Autónomo de la Ciudad de México.

El Alpiste llegó a su casa con la boca hinchada y dos dientes flojos, y Gimmy bien contento por haberle ganado a su hermano. Al final, además de que se dejaron de hablar por varios meses, hasta ahí llegaron las clases de karate. Por órdenes de su papá, los *karateguís* de ambos quedaron colgados para siempre en su ropero.

Ése fue el adiós a su formación de *kumitecos* y a su intención de seguir los pasos de Kwai Chang Caine y las enseñanzas del Maestro Po. Pero gracias a la sabia decisión de su padre, el Alpiste y Gimmy llegaron a ser adultos sanos y salvos, y ahora, después de medio siglo de ese suceso, comparten fraternalmente los recuerdos de aquellas aventuras que vivieron al lado de sus primos, amigos y su hermano, el Cacahuate.

El Alpiste en busca de su amigo Luis

Opinar es un riesgo: todos podemos equivocarnos. Equivocarse no es una deshonra: una cosa es opinar y otra venderse. La literatura es el arte de inventar a otros. Soy otro, soy muchos. Lo peor que le puede pasar a un artista es que su persona se interponga entre el lector y su obra. Los escritores verdaderos no se sirven del lenguaje: son sus servidores.

Octavio Paz (1996).

UNA TARDE QUE ESTABA PARADO COMO SIEMPRE en la esquina del callejón, de repente el Alpiste echó pata hacia el Periférico y siguió por donde estuvo la vía del tren. Después de dejar por un lado la Baco, llegó a la Unidad Sear. Más adelante, llegó a la calle por donde se entra a esos condominios y vio en la acera de enfrente las viejas casas de la colonia Bellavista, donde se acordaba que había vivido su amigo de la Luis Vives.

Lo llevó hasta allí el impulso del recuerdo de aquellos años, cuando lo conoció como compañero de banca en la Luis Vives. Ese chico era súper aficionado al fútbol y había estado en ese colegio desde el kínder, así que metió a su nuevo compañero en el equipo y rápido lo relacionó con todos los del grupo, a quienes conocía desde el preescolar. Cuando acababan sus

clases, como a eso de la una de la tarde, se subían caminado por la avenida Observatorio y en el cruce de la vía, su amigo cortaba hacia la izquierda para irse a Bellavista.

Como siempre habían dicho en la casa de su abuelo que la Bellavista era una colonia muy peligrosa porque estaba llena de maleantes, al Alpiste ni se le ocurría ir para allá. Si acaso, los domingos llegaba hasta la Santísima, una pequeña parroquia que todavía está del otro lado del Periférico, cerca del mercado de Cartagena. A esa iglesia iba con su hermana, cuando sus papás no se levantaban temprano. Desde luego que su papá corroboraba si realmente habían escuchado misa completa, y les preguntaba sobre el sermón del padre.

Desde que conoció a su amigo, empezó a dudar de lo que decían en su casa, ya que Luis y sus dos hermanos más chicos iban con él a esa escuela que era de paga. Por eso, un día que no tuvieron la última clase se dio valor, y sin permiso, lo acompañó hasta su casa. Seguro que su familia no era de esos malhechores de los que hablaba su abuelo. Luego de caminar sobre los andamios de la vía y sin dejar de ver hacia las colinas cercanas, sembradas de casitas de cartón y calles empinadas, llegaron a su calle, todavía sin pavimentar. En uno de los zaguanes, Luis abrió la puerta, aventó la mochila sobre unas cajas de refrescos y acto seguido, le invitó uno en la tienda de al lado.



Avenida Observatorio, antes de la vía del tren a Cuernavaca.

En cuanto entraron al negocio, Luis se dirigió al fondo, donde estaba el mostrador, y en lugar de pedir los refrescos se metió por un pasadizo, se acercó al señor que atendía y le dio un beso en la mano. Las clientas que hacían su mandado comentaron entre ellas que ya había llegado el primogénito. El Alpiste no entendió el término, pero se dio cuenta de que ese señor era el papá de su amigo y que ese negocio era de la familia. Así que, más allá de que la colonia fuera muy modesta, en ella vivía gente sencilla, que trabajaba decentemente para forjar el futuro de sus hijos, tal y como se los decía el profesor Juan Bonet en sus clases de Civismo.

Aun así, a pesar de esos mensajes que le mandaba la vida, el Alpiste estaba lejos de comprender las convicciones del director del instituto. Menos sabía que éste había sido uno de los republicanos valencianos más destacados, quien vivió en carne

propia la tragedia de la Guerra Civil Española por defender al gobierno republicano y luchar en contra del general Francisco Franco, que en 1939 se convirtió en uno de los dictadores más crueles y duraderos de Europa.



Parroquia de la Santísima Trinidad, hoy a orillas del Periférico.

Derrotados y expulsados hacia Francia, muchos republicanos quedaron como prisioneros de los alemanes fascistas y fueron enviados a un campo de concentración. Allí estuvieron a punto de ser incinerados en los hornos crematorios, donde murieron millones de judíos; eso no le ocurrió al profesor porque, en mayo de 1945, los ejércitos aliados derrotaron a Alemania y de último momento salvaron a algunos de los prisioneros.

El general Ávila Camacho, como presidente de México, les dio asilo y los mandó a vivir al edificio Ermita, que por esos tiempos estaba recién construido. Allí se organizaron para fundar el Instituto Luis Vives, en una casa que les donó la familia Escandón para que atendieran a los niños huérfanos que llegaron junto con ellos.



El director Juan Bonet y docentes del Instituto Luis Vives.

Sesenta y un años después, el Alpiste tuvo el impulso por ir a ver si aún encontraba a alguien de la familia de su amigo. Al llegar, vio que la tiendita ahí seguía y la atendía una señora entrada en años, a quien le preguntó si en esa casa todavía vivía algún familiar de Luis. Obviamente, con cierta desconfianza, la mujer le preguntó para qué quería saber sobre ellos; para

relajar el ambiente y generar un poco de confianza, él le platicó que Luis había sido su compañero en el Instituto Luis Vives y quería saludarlo.

La señora le respondió que él ya no vivía allí, pero que iba seguido porque su mamá todavía vivía en esa casa. Ya en confianza, le preguntó si ella no era su hermana, la que había estudiado con ellos en primero de secundaria. Supo que ella también había estudiado allí, pero no lo reconocía porque era la más chica de los cuatro y en ese entonces apenas estaba empezando la primaria. Le pidió que le dejara su teléfono y aseguró que le diría a su hermano que había ido a buscarlo; seguramente le daría mucho gusto, porque él se reunía con su generación en una comida anual. Eso entusiasmó mucho al Alpiste.

La gran sorpresa para él fue que, a los tres días, Luis le llamó muy emocionado en cuanto supo que su amigo de la Luis Vives había ido a buscarlo. Primero le reclamó que se hubiera salido de la escuela y dejado el equipo de fútbol cuando estaban a punto de ganar el campeonato escolar. Luego le preguntó qué había sido de su vida, a qué se había dedicado.

El Alpiste, muy apenado por las preguntas que le hacía Luis, antes de contestar le preguntó que a dónde se había ido después de terminar la prepa. Le contestó que estudió Derecho en la UNAM y se dedicaba a litigar con su hermano en un despacho que tenían por Niños Héroes, cerca de donde está la mayoría de los juzgados.

Le dio gusto al Alpiste y pensó que de seguro sus padres estuvieron muy orgullosos de que sus hijos triunfaran en la vida, después de tantos sacrificios hechos y de ser una fami-

lia tan sencilla y trabajadora, que nunca escatimó lo poco que ganaban con su tiendita. Él nunca fue envidioso. Más bien, se sintió feliz de que sus amigos lograran lo que él nunca pudo, porque al seguir los consejos de su abuelo, prefirió aprender el oficio de su padre y quedarse con la sastrería con todo y sus clientes.

Aunque en estos tiempos eso ya era historia, lo importante fue encontrar a su amigo, a quien meses después acompañó a la comida anual de los exalumnos del Instituto Luis Vives. Ahí se reencontró con algunos de aquellos compañeros de clase, ahora todos viejos y canosos, y una que otra compañera de las que de plano no se acordaba. Se dio cuenta de que la mayoría había llegado a la universidad y algunos eran personajes importantes de negocios, funcionarios del gobierno o profesores universitarios; entre ellos estaba José Luis Gásquez, que llegó a ser Rector General de la Universidad Autónoma Metropolitana y con quien el Alpiste alguna vez repartió patadas en la escuela.

A Luis no le importó que su amigo no estudiara. Lo relevante fue que nunca lo olvidó como un niño futbolero, que organizaba los equipos de su liga, y sin que fuera una lumbrera para los estudios, haya seguido el camino de sacrificio que sus padres le marcaron; pero, fundamentalmente, por ser una buena persona que mantiene lazos fraternos con sus antiguos amigos de la escuela, además de estar atento de la educación de sus hijos y gozar a su nieta, con quien pasa los mejores momentos de su vida.

Por el trato de Luis, el Alpiste recordó cuando empezaron las clases a principios de 1960. Su papá siempre tuvo la ilusión de que alguno de sus hijos estudiara y le dijo que, aunque pagara colegiatura, iba a apuntarlo en el Instituto Luis Vives, la escuela particular que estaba allá abajo en contra esquina de la Academia Militarizada México. Y así fue. Lo inscribió en primero de secundaria, previa plática de su mamá con el director, quien con puro en boca y después de escudriñar el expediente académico que le habían preparado, miró fijamente al Alpiste y sentenció:

—Este esfuerzo que está haciendo tu familia deberás recompensarlo llegando hasta la Universidad, para que algún día seas un buen profesor de lengua española y escribas tus memorias y des cuenta de estos momentos de tu vida, cuando entraste al Instituto Luis Vives con la ilusión de, en un futuro, lograr lo que para ellos ha sido un sueño.

El Alpiste no tenía ni la más remota idea de quién era ese profesor que hablaba con tanta autoridad sobre lo que debería hacer en la vida. Se trataba ni más ni menos que de Juan Bonet, el español republicano refugiado en México; pero sentía tan distante su discurso que, a pesar de que luego fue secundado por los otros profesores, él de todos modos pasó de noche por sus aulas. Lo único que rescató de los cuatro meses que estuvo allí fue la entrañable amistad que entabló con su compañero de banca. Ésa era la inolvidable referencia de su efímero paso por esa escuela, que ahora guarda con añoranza en su memoria.

El regreso del Alpiste al Real Club España

A orillas del Duero

Mediaba el mes de julio. Era un hermoso día.
Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía,
buscando los recodos de sombra, lentamente.
A trechos me paraba para enjugar mi frente
y dar algún respiro al pecho jadeante;
o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante
y hacia la mano diestra vencido y apoyado
en un bastón, a guisa de pastoril cayado,
trepaba por los cerros que habitan las rapaces
aves de altura, hollando las hierbas montaraces
de fuerte olor a romero, tomillo, salvia, espliego.

Antonio Machado (1917).

UNA MAÑANA DE 2021, EL ALPISTE RECIBIÓ UNA LLAMADA de Josele para informarle que su amigo Paco Salvador sería el presidente del Club España. Aquel niñito muy serio que en el vapor de baja se sentaba del lado derecho, cerca del Peter, era hermano de Luis Miguel Salvador, aquel famoso futbolista de los años noventa que metió muchos goles en el Celaya y el Monterrey e incluso llegó a la Selección Nacional para jugar en el Mundial de Estados Unidos.

Bueno, pues Josele quería invitarlo a la toma de posesión de su amigo, para saludarlo y de paso que se encontrara con los cuates que lo apoyaron para que el Club siguiera funcionando tan bien como hasta ahora. Además, le dijo:

—Cuando termine la ceremonia vamos a desayunar en la cafetería, porque voy a ser el coordinador de Actividades Culturales y aunque sé que a ti no te interesa nada de eso, te invito para recordar cuando éramos niños y cómo te conocimos en la fiesta del Xavi gracias al Peter, que te invitó para que vinieras con nosotros al vapor de baja y al desayuno del sangrón de Gabito, ése que le sigue yendo a su América.

De entrada, el Alpiste se emocionó tanto por la invitación de su cuate que luego, luego fue a decirle a su esposa que el veterinario de Tomasita y Conchita le había hablado para invitarlo a una ceremonia en el Club España y a un desayuno con el nuevo presidente, que era uno de aquellos niñitos que él conoció en el vapor de baja hacía como 65 años, cuando el Peter lo metió de colado con el apoyo del vicepresidente de ese momento, que era tío de Xavi.

Aunque el Alpiste ya estaba viejo, con 75 años encima, se entusiasmó tanto que se metió cuatro días al taller para hacerse un traje de gabardina beige, según él, para verse muy pachuco. La cita era para el siguiente jueves 16 de septiembre, así que tuvo semana y media para terminarlo; incluso fue al Sanborns a comprarse una corbata de seda, que hacía muy buen contraste con una camisa cremita que su hijo Toño le había rega-

lado la Navidad anterior. Ya tenía unos zapatos de doble color, entre miel y marfil, que se había comprado la última vez que bajó a la Canadá y que le gustaron mucho.



La destrucción que produjo la Guerra Civil Española.

Todo estaba listo para ir de vuelta al Real Club España, que tanta emoción le causaba por todo lo que implicaba ese lugar tan emblemático e histórico para México; tanto, que a él le parecía como estar cerca de la Madre Patria. También era relevante que, durante del siglo XX, el gobierno les dio refugio a muchos españoles en diferentes momentos de crisis europeas; pero, sobre todo, cuando fue la Guerra Civil Española.

La cita era a las 10 de la mañana, así que poco antes de las 9, aquel jueves se detuvo en la esquina de la cerrada para tomar un taxi; pasó primero uno de color rosa con blanco bien

destartalado; pero, eso sí, el chofer traía su cubrebocas y le pidió al Alpiste ponerse el propio antes de subir. De momento pensó que se le había olvidado, pero como su esposa siempre está en todo, lo metió en la bolsa trasera del pantalón, así que en cuanto se tocó alrededor de la ropa, se dio cuenta de que allí lo traía, lo sacó y se lo colocó de inmediato.

Una vez resuelto el problema, el Alpiste indicó que iba al Club España de Insurgentes y el taxista tomó la lateral de Observatorio para incorporarse al Periférico; ya adentro, tomó la subida para el segundo piso y después de pasar las Torres de Mixcoac, Televisa San Ángel y la avenida Toluca, llegó al monumento que tiene la enorme bandera nacional, salió a la lateral y adelantito dobló a la izquierda para San Gerónimo; al pasar avenida Revolución, en la siguiente otra vez dio vuelta a la izquierda, porque ya estaba sobre Insurgentes, muy cerca de la estación Dr. Gálvez del Metrobús. Así, en un dos por tres, ya estaba frente a la puerta del club. El chofer se hizo a un ladito hacia el carril para bicicletas, mientras el Alpiste le pagaba los 130 pesos que marcó el taxímetro más una propinita de 10 pesos.

Para entrar a las instalaciones deportivas del club, tenía que avisar que era invitado del doctor José Luis del Campo, coordinador de Actividades Culturales. Así que en cuanto se paró frente a la puerta donde está el reguilete de acceso, le informó al vigilante de parte de quién iba y sin más preguntas, el señor puso su tarjeta sobre el control electrónico, le pidió al Alpiste que no se fuera a quitar el cubrebocas, le puso un poco de gel en una de sus manos, le ordenó que se tallara los zapa-

tos en el tapete sanitizante que estaba a la entrada, le tomó la temperatura y con mucha amabilidad lo pasó y le señaló dónde sería la ceremonia.

El Alpiste se preguntaba cómo un club deportivo como éste pudo sobrevivir a todos los cambios registrados en la ciudad, sobre todo en una zona tan comercial y llena de edificios lujosos y tan altos, repletos de oficinas de empresas transnacionales. Además, tenía una estación de Metrobús a la puerta y había pasado muchos meses cerrado por la pandemia de COVID-19.

Al ver las instalaciones tan impecables, se imaginó qué difícil sería para los jefes de familia pagar seguramente elevadas mensualidades con tal de mantener a sus hijos en los equipos de los diferentes deportes que allí se practican, en canchas que requieren mucho personal para que funcionen a la perfección.

Lo cierto es que fue un club fundado por diez jóvenes migrantes españoles amantes del fútbol, que llegaron a México a principios del siglo pasado. Primero organizaron un equipo al que llamaron España, con el que empezaron a competir contra los equipos de ligas menores; pero fue tal el interés de otros hijos de españoles que vivían en la Ciudad de México, que al paso de cuatro años se les habían adherido varios miles de ellos hasta contar con 83 equipos que jugaban en torneos de varias ciudades del país. En 1918, al jugar contra el veterano equipo del Pachuca, el España perdió el campeonato después de una bronca colosal que se armó por un gol marcado fuera de lugar.

Aunque el equipo no pudo mantenerse dentro de aquella liga superior, sí se consolidó lo que al principio llamaron el Club España Confederación Deportiva. Empezó en un terreno ubicado en la colonia Santa María la Rivera, instalación muy precaria pero que sirvió para que los jóvenes de origen español realizaran diferentes actividades deportivas y culturales los fines de semana, en lugar de andar de vagos en las tabernas y prostíbulos del centro, donde trabajaban sus padres o tenían algún negocio.

Esas primeras generaciones de jóvenes hicieron posible que el club se mantuviera y desarrollara hasta lo que es hoy, pues con esa estructura social elemental basada en su solidaridad de origen, creció y prosperó con las aportaciones y el entusiasmo de sus socios; ello permitió consolidar su actual patrimonio, concentrado en las dos instalaciones que tiene. Una, la que visitó el Alpiste a un costado de Ciudad Universitaria cuando era niño, y otra mucho más grande en Xochimilco, ubicada entre canales y chinampas, donde niños y jóvenes practican remo, fútbol, natación y otras actividades deportivas, sociales y culturales.

Obviamente, el Alpiste no tenía ni la menor idea de nada de esto. Él se figuraba que todos los niños a los que conoció de chico y que ahora eran tan viejos como él provenían de familias muy ricas. La verdad es que, aunque no les fue mal, porque varios de ellos heredaron los negocios de sus padres, la mayoría eran de clase media dedicados también a sus profesiones.

De cualquier manera, él estaba de regreso una vez más en el Club España y ahora era invitado de su amigo Josele,

quien formaría parte del Consejo Directivo. Además, iba a ver cómo Paco, el niño muy sericito que conoció en el desayuno de Gabito hace 65 años, tomaba posesión como presidente del Club, cargo que la vida le negó al gran Peter por andarse muriendo antes de tiempo.

En punto de la 10 empezó la ceremonia, el Presidente saliente dio un pequeño discurso y pidió a sus colaboradores dar cuenta del estado en que se encontraban las finanzas en medio de la pandemia. Acto seguido, Paco agradeció a todos los presentes por acompañarlo en ese momento tan importante para él, pero también ofreció trabajar muy duro para sacar al club adelante y proyectarlo con bien hacia el futuro; esto, sin dejar de considerar los problemas tan serios por los que pasaba el país y el mundo entero debido a la pandemia del COVID-19.

Concluida la ceremonia, Josele se acercó al Alpiste para llevarlo al almuerzo, que un grupo de amigos había planeado para compartir con Paco y algunos de los nuevos miembros del Consejo. Éstos se sentaron casi en medio de la mesa junto a Roberto y Kike, así que desde sus lugares podían escuchar y platicar con la mayoría de los que estaban en esa mesa; en otras aledañas había muchas personas que él había visto durante la misa que le hicieron al Peter un par de años atrás.

Entre chistes y carcajadas, el tiempo pasó muy rápido y algunos le preguntaban al Alpiste si finalmente ya se había hecho socio del club; él movía la cabeza hacia un lado y otro, extendiendo levemente sus manos como para decir “no, todavía no”. Entonces el Gabito, que no se anda con mamadas, levantó

la voz y le preguntó a Paco por qué no le ofrecía una inscripción permanente con el descuento para los adultos mayores, sin necesidad de pagar la aportación de socio.

—El siguiente martes, en la Junta del Consejo, voy a proponer lo que me pides, con el argumento de que es amigo de muchos de nosotros desde que éramos niños y por el hecho de que él también es nieto de españoles. Lo haré siempre y cuando él esté de acuerdo y me escriba su petición en una carta, que debe traerme a más tardar el martes próximo, pero muy tempranito —contestó Paco como gesto solidario.

—Ya rugiste, león, así que vamos a tener al Alpieste entre nosotros en el vapor de baja; ya veremos qué tal se porta este cabrón, porque si viene de Tacubaya ha de ser bien alburero —dijo el Kike.

Él nada más se rió, pero después de darle las gracias muy discretamente a Paco, volteó a ver al Gabito, le cerró el ojo y levantó la mano derecha con el pulgar erguido, como diciendo “qué buena onda”.

Luego de darse una vuelta solo por las canchas de tenis y el frontón que está alrededor de la alberca, subió a las oficinas donde Josele ya andaba trabajando, para despedirse. Le comentó lo emocionado que estaba por la propuesta de Gabito y, sobre todo, porque Paco dijo que haría lo posible para que le aplicaran esos descuentos. Al menos de esa manera podría integrarse al club y, de paso, hacer algo de ejercicio ahora que ya estaba tan apolillado.

De regreso en su casa, le platicó a su esposa lo que había pasado en el club. Y como a ella no le gusta que todas las tardes

esté de huevón en la esquina del callejón, chismorreando con los que pasan por allí, le pareció mejor que se fuera tempranito para hacer un poco de ejercicio y cambiar de aires, en lugar de pasar el tiempo suspirado por su maldita colonia Observatorio. Así que ella misma le pidió a su hijo escribir la carta y su papá, sin dudarle, se la llevó el siguiente domingo tal y como se lo solicitó Paco.

Una semana después, el Alpiste fue admitido. Ahora no fallaría en llegar tempranito todos los días y, después de hacer algo de ejercicio, subirse al vapor de baja, que es donde en realidad le gusta pasarla para cotorrear con todos los cuates que conoció en la fiesta del Xavi hace 65 años.

Días eternos y el destino del Alpiste

No hay en el mundo más que una gran aventura y ésta es interior, hacia uno mismo, y para esa aventura ni el tiempo ni el espacio ni siquiera los actos de hoy importan, porque uno termina siendo alcanzado por el vacío que quita el sueño, por las malas acciones que cometiste en contra de personas que querían tu bien, pero también por las buenas que hiciste en favor de otras que pasaron efímeramente por tu vida y nunca más supiste de ellas.

Miller (1999).

CUANDO EL ALPISTE ERA NIÑO, los días se le hacían eternos; para él, el amanecer era el inicio de una larga travesía que empezaba volteando hacia el otro lado de su almohada para ver si el Cacahuete ya estaba despierto o si seguía en el quinto sueño. A la hora que despertaba, cinco y media o seis de la mañana, todavía se escuchaban los ronquidos de su papá en el cuarto de al lado; de su hermana Olga no sabía nada, porque desde que cumplió cinco años la pasaron a una pequeña recámara que le improvisaron del lado contrario de donde dormían sus padres. Así que él mejor se esperaba mientras veía el tragaluz.

Después de dar dos o tres vueltas sobre la cama, su hermano empezaba a dar señales de vida. En ese entonces, él

todavía no daba el estirón, así que los dos cabían en esa cama individual; aunque ya necesitaba cambio de colchón, don Luis había decidido comprar primero una sala comedor, porque el abuelo Juan ya estaba por terminar la ampliación de la casa y pronto le entregaría un cuarto grande para su taller; otro para su despacho, que tenía el tamaño de una estancia con todo y vestidor para sus clientes; una cocina independiente; un baño; tres piezas más, y un cuartito donde apenas si cabía una cama para la muchacha que le ayudaba a su mamá con el quehacer.

En cuanto el Cacahuate se levantaba, empezaba la vida de la familia. Hacía ruido y luego, luego llamaba a su mamá para que fuera por los combustibles de aserrín que estaban afuera, debajo de la escalera, para que prendiera el bóiler, pues si no iba bañado a la escuela, el maestro Tinoco, que les revisaba las orejas a todos sus alumnos, los dejaba sin recreo si las veía sucias.

Su escuela era la Siete de Enero, a donde iba junto con otros niños de su calle. Esa primaria estuvo sobre avenida Observatorio, a un lado del almacén del Ejército, hasta 1952. La tiraron para hacer unos condominios bien feos y entonces, como había reprobado quinto, tuvo que continuar en la misma escuela pero ya en la colonia Cove.

En cuanto el Cacahuate se metía al baño, el Alpiste también entraba junto con él y aprovechaba el agua calientita que su hermano no utilizaba. En cuanto terminaban, su mamá ya tenía lista la ropa interior de los dos chamacos, pero para el que se iba a la escuela, servía un vaso de leche caliente con un chorrito de café negro y una campechana de la Primera Lucha,

porque las conchas grandes de la panadería Ermita eran de su papá y estaban bajo llave en el trinchador.



Primaria Siete de Enero sobre avenida Observatorio (1940).

De cualquier manera, el Alpiste se vestía porque le gustaba acompañar a su hermano hasta la vía del tren y, una vez que la atravesaba, en ese punto terminaba su caminata. Él se regresaba por General Cueto para que su mamá lo viera desde el zaguán, que estaba dos cuadras arriba; ella tenía miedo de que en un descuidito se los llevara un robachicos.

De regreso, Alpiste niño ya podía entrar al cuarto de su hermana, con quien jugaba toda la mañana porque ella sí era bien inventora, siempre sabía a qué jugar. Después de un desayuno muy formal en la mesa al lado de su papá, convencían a

su mamá de que, cuando fuera por su mandado a las tiendas de la colonia, pasara a la casa de la tía Irene para que dejaran jugar a sus primos Manuel y Angélica en casa del Alpiste, pues eran sus preferidos.

A las nueve en punto empezaba don Luis a trabajar, allí mismo, en un pequeño taller improvisado que tenía a un lado de la recámara. En ese entonces, sólo iba a ayudarle el Vejigo, uno de los hijos de don Alfonso Swain, que se lo encargó para que aprendiera el oficio porque había salido muy malo para la escuela. El Vejigo se convirtió en compañía y mentor del Alpiste durante toda su trayectoria hasta su juventud, porque apenas tenía oportunidad él se metía al taller y, de paso, aprendía a sobrehilar pantalones bajo sus enseñanzas.

Conforme pasaba el día, era emocionante esperar a que la tía Silvia se fuera a trabajar al hospital, porque al rato, la abuela Eliza sacaba al consentido del primo Jorge con todos los juguetes que le compraban su mamá y sus tíos Sergio y Régulo, que acababan de terminar sus carreras en la universidad y ya trabajaban, quién sabe dónde, pero ganaban buen dinero. En cuanto lo veía, el Alpiste se bajaba de resbaladilla por el barandal de cemento pulido de la escalera y de un brinco se ponía a un lado de su primo.

La tía Eliza era prima hermana del abuelo Juan, por eso le rentaba los tres cuartos del fondo, que tenían un baño a un lado. Sus hijos, los ingenieros, dormían en un cuartito de madera que el abuelo había construido con ayuda de Enrique y Carlos, el cual quedó pegado a la casa donde vivía Esmeralda, la famosa cantante de clubes nocturnos de aquella época. Esa

casa la compró más adelante don Alejandrino Reyes, cuando las Taquerías Beatriz empezaron a prosperar. La verdad es que ese cuartito lo había hecho para guardar su herramienta y un torno con el que hacía figuras de fierro y madera; pero, al no haber más, dio permiso de que metieran una litera delgadita y ésa fue la recámara de sus sobrinos, mientras se acomodaban bien en sus trabajos.

El Alpiste se acordaba de su primo Jorge, entre otras cosas, porque vivieron un buen tiempo en la misma casa y porque junto con los demás primos entraron a la primaria Defensores de la República, donde ya habían estudiado otros primos y tíos mayores. La escuela estaba a unas cuantas cuadras allá abajo, sobre avenida Revolución, y la tía Eva —la esposa del tío Longinos— tenía influencias con la directora porque era de la Mesa Directiva y sus hijos estaban terminando sexto con muy buenas calificaciones.

A diferencia del Alpiste, el primo Jorge siempre fue de los aplicados y de los echados para adelante. Como desde niño se fue poniendo muy grandote, los demás chamacos le tenían miedo y no tenía empacho de hablar con las maestras y hasta con la directora; cualquier cosa que se le atoraba, iba a la Dirección y pedía hablar con la maestra Imelda, aunque estuviera ocupada, sólo para quejarse de que en la cooperativa no habían vendido paletas de bolita ese día. Eso jamás lo hubiera hecho el Alpiste, que era muy temeroso con la autoridad; pensaba que de hacer algo así, su papá lo regañaría.

A la hora del recreo, los primos Manuel y Angélica siempre lo buscaban a él y a su hermana Olga para compartir sus tortas; a veces llevaban de nata con azúcar y otras de frijoles revuelos con huevo, así que combinando y compartiendo, se las comían con un Orange Crush de traguito en traguito y que compraban entre los cuatro en la cooperativa. Otros niños hacían cosas parecidas; pero la tía Eliza le ponía a Jorge una torta de plátano y, en una cantimplora de excursionista que había sido de su tío Régulo, le daba su Chocomilk y por más que le pedían una probadita, nunca les daba.

La misma historia se repitió día con día en esos seis años de primaria, siete para el Alpiste, porque lo reprobó la maestra Anita en tercero; y aunque parecía que nada cambiaba, para él cada día era diferente. Una vez, Abel Gouldrich, quien se volvió cineasta en los años setenta, sin más ni más lo retó a golpes cuando fue al baño porque se lo pidieron Quintero, Ortega y Casillas, los aplicados del salón. Se armó la bola alrededor de los dos escuincles, para ver quién se madreaba a quién, pero como el Alpiste había aprendido unas fintas de box con el Chino, el pantalonero que era exboxeador profesional, le hizo dos o tres fintas con la izquierda y, en una de éstas, que le suelta un *uppercut* al ojo. Abel se lo trataba de quitar cabeceando hacia un lado, pero el otro le soltó un gancho al hígado con todas sus fuerzas y le sacó el aire, haciendo que se retorciera y se pusiera descolorido; entonces sus cuates mejor los separaron y se lo llevaron al patio para que se repusiera. Como él sólo tenía de amigo a Hugo García Quiñones, juntos corrieron a formarse porque ya estaban tocado la campana.

El Alpiste se aburría en la escuela, al tener que esperar otras dos horas haciendo planas de palabras sin mayor sentido, dizque para aprender a escribir bonito, o copiando del pizarrón lo que les ponía la maestra según la clase que se tratara. Si era Historia de México, debía escribir los nombres de los once tlatoanis aztecas que reinaron antes de la conquista española. Tenía que saber que eligieron al primero cuando encontraron un águila parada sobre un nopal devorando una serpiente en un islote del lago de Texcoco; ése se llamaba Tenoch y por eso le pusieron Tenochtitlan a su ciudad. Luego seguían otros nueve, pasando por dos Moctezumas hasta llegar a Cuauhtémoc, que fue quien la defendió contra Hernán Cortés. Derrotado, fue prisionero del español y después de cuatro años de torturarlo y haberle quemado los pies, el conquistador lo ahorcó porque nunca le dijo dónde estaban los tesoros de su reino.

Copiar simplemente los once nombres de los tlatoanis aztecas desde un pizarrón borroso, sin tener ninguna imagen de esos primeros héroes mexicanos ni una plática de la maestra Gela sobre lo que había pasado, al Alpiste le parecía injusto para esos personajes. Esta maestra, que era la más temida de la escuela, caminaba entre los pasillos del salón para verificar que los alumnos estuvieran copiando correctamente esos nombres escritos en náhuatl y luego se los aprendieran de memoria en absoluto silencio; después de diez minutos, se los preguntaba con lista en mano. Al Alpiste todo esto no sólo le parecía injusto sino tortuoso porque, con sus letras que parecían patas de araña, todavía tenía que memorizárselos. Esto era lo peor,

porque no entendía para qué necesitaba aprendérselos y menos de memoria, si al paso de unas semanas todo se le olvidaba. Eso sí, lo más seguro es que a la hora de la prueba mensual, la maestra les preguntara.



Monumento a la Raza sobre avenida Insurgentes.

Un día que acompañó a su papá a entregar unos uniformes de algunos de sus clientes que vivían por la Villa, vio sobre la avenida Insurgentes un enorme monumento que parecía una pirámide con un águila arriba, la cual devoraba una serpiente; abajo, en un segundo nivel, estaba Cuauhtémoc. Entonces se dio cuenta por qué eran importantes aquellos nombres que la maestra Gela les había obligado a memorizar, pero hasta ahí quedó su impresión. Tuvieron que pasar muchos años para que un día se enterara de lo que realmente pasó con el imperio

mexica y la gran Tenochtitlan, cuando la familia fue a conocer el museo de Antropología e Historia que se acababa de inaugurar en avenida Reforma.

Para qué contar cómo eran las clases de Geografía. Todo era igual, copiar del pizarrón y aprenderse de memoria los nombres de todos los países por continente, los estados de la República, sus capitales, cordilleras, volcanes, mares, ríos y lagos, con todo y su localización en los mapas que venían en el *Alma Latina*.

Tal vez por eso, cuando el Alpiste iba en quinto año sólo pensaba en lo poco que le faltaba para terminar la primaria y despedirse de la escuela, porque para él representaba aburrimiento y preocupación, porque su boleta siempre estaba plagada de cincos y tenía que regresarla firmada por su papá. La ventaja fue que, cuando pasó a sexto, la maestra Conchita, que también era de las más exigentes, le dijo a su mamá que lo iba a pasar, pero que realmente no estaba preparado para seguir estudiando.

Vaya que el destino del Alpiste estaba echado. Desde muy temprana edad, vivió apegado a la sastrería; ése era el lugar para resolver sus dudas sobre la vida. Luego, cuando a sus 15 años llegó a la cerrada y conoció a muchachos de su edad, supo que unos estudiaban, otros trabajaban para ayudar en su casa, otros no hacían nada y dormían hasta tarde, mientras sus padres se iban a trabajar; éstos salían al medio día, a ver a quién se encontraban para matar el tiempo. Ésta era la cerrada donde el Alpiste encontró su nuevo mundo, del que no quería desprenderse.

Y ahora que se han ido o muerto casi todos esos amigos suyos, ha decidido terminar allí. Recordar aquellos años, cuando cada casa constituía un laberinto con olor a viejo; pero con personajes que, aunque no eran de su familia, lo querían y le abrían sus hogares como si fuera de la familia, lo cual le aportaba un sentido diferente a la vida que había llevado en Calderón 57. Por eso decidió quedarse allí, parado en la esquina del callejón, cerca del árbol que sembró el Chango Estaño hace cien años a mitad de la calle y frente a la casa con el número 104, que su padre construyó con tanta ilusión para su madre en 1961.

¿Qué cambios en su vida podrá tener este viejo, ahora que finalmente ha sido aceptado como socio del Real Club España?

Es difícil de saber, pero al menos hoy cuenta con varios nuevos amigos: Josele, Gabito, Roberto, Paco, Manolo, Ricardo, Vicos, David, Kike, Alberto, Rafael, Javier, Gerry, Víctor, Israel, Héctor y tantos otros de los que no sabe sus nombres, pero con los que todos los días se echa unos albuces en el vapor de baja.

Bibliografía

- Cherem, S. (Octubre-diciembre 2014). Octavio Paz: Mis fantasmas habitan al vivo que soy, no al muerto que seré. *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea*, 21(63), 69-90.
- De Cervantes, M. (2000). *Don Quijote de la Mancha*. México: Porrúa.
- De la Cuenca, L. A. (2013). *En la cama con la muerte*. España: Alcántara y Cáceres-Ediciones de la Isla de Sistolá.
- García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*. Caracas: La Cueva.
- Krauze, E. (30/06/2006). El mesías tropical. *Letras libres*. Recuperado de <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/el-mesias-tropical>
- Molina, S. (1999). *El amor que me juraste*. México: Planeta-Conaculta.
- Pérez, F. (2018). *Un andariego de cepa. Relatos, memorias y vivencias*. México: SEP-Indautor-Sogem.
- Yerovi, N. (2008). Palabras liminares para bitácora de un poeta. En Peláez M. *Bardales. Bitácora de un poeta*. Perú: Grijley.



Sueños de aserrín III,
de José Antonio Rosique Cañas
se terminó de imprimir en diciembre de 2021.

El tiro consta de 500 ejemplares
impresos sobre papel cultural de 90 gramos;
cubiertas impresas sobre cartulina sulfatada
de 14 puntos.

Producción editorial: Monarca impresoras.
Schumann 255, Colonia Vallejo,
Alcaldía G.A. Madero,
Ciudad de México C.P. 07870.
55.19.97.80.45 / 55.28.55.27.14
monarcaimpresoras@hotmail.com

Los sueños de aserrín III rescata las últimas historias del Alpiste. Parto de aquel ficticio encuentro que tuve con él hace cuatro años, cuando bajé en mi auto sobre la avenida Observatorio y de reojo lo vi parado en la esquina de la cerrada. Me detuve unos metros más adelante, al notar que me reconoció porque agitó emocionado su mano para saludarme. El hecho inesperado de ponerme un buen rato a platicar con él me hizo pensar después qué podía hacer con todo ese material y entonces decidí escribir una novela que termina con esta parte III.

Si analizamos su vida, podemos ver que el Alpiste se aferró con mucha fuerza al callejón, como si un llamado del pasado lo hubiera atrapado, tal y como les sucedió a nuestros padres cuando llegaron de provincia para vivir en la capital, que siempre deseaban regresar a su tierra para ver qué había pasado con sus amigos, con la gente de su pueblo, con las marchantas del mercado en donde compraban su pan o con el riachuelo en el que aprendieron a nadar y echarse clavados desde los árboles. Sin embargo, para los que nacieron en Tacubaya, antiguo pueblo que fue forjado con los típicos edificios de la época colonial y del Porfiriato, ése es su barrio, su terruño; por eso sus calles, las vías del tren, sus avenidas, su mercado y sus escuelas son el lugar que les ha generado fuerte arraigo y pertenencia.

Obviamente, al Alpiste le sucede algo parecido y eso le impide irse de la colonia, porque es el sitio que guarda los recuerdos más entrañables de su vida. Por eso, en las noches, mientras platica con la almohada, esas remembranzas martillan su memoria con tal fuerza que lo hacen aferrarse al lugar, posiblemente porque así expía faltas y errores cometidos en el tiempo, o simplemente porque se resiste a dejar atrás lugares fundacionales para él y buena parte de su familia. En las casas que construyó el abuelo Juan todavía viven algunas de sus tías, primos y nietos, con quienes él convive con tan sólo cruzar la avenida y bajar una cuadrita para llegar a Calderón.

ISBN LIBRO-E



9 786072 823532

ISBN LIBRO IMPRESO



9 786072 823525